

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 548

BARCELONA

OCTUBRE 1976

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«DERECHOS HUMANOS» Y DESPRECIO AL HOMBRE

SUMARIO

«DERECHOS HUMANOS» Y DESPRECIO AL HOMBRE F. C. V.

CARTA DEL CARDENAL VILLOT EN NOMBRE DE PAULO VI EN LA INAUGURACION DEL CONGRESO INTERNACIONAL «TEORIA Y PRAXIS»

TEORIA Y PRAXIS EN LA PERSPECTIVA DE LA DIGNIDAD DEL SER PERSONAL Francisco Canals Vidal

LA BANCARROTA DEL LIBERALISMO Y EL REINO DE CRISTO J. J. E.-S.

DOS TEXTOS CLARIVIDENTES DE DONOSO CORTES

LA REVOLUCION LIBERAL EN ESPAÑA José M.^a Alsina Roca

SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS Manuel M. Doménech

EL PENSAMIENTO ANTILIBERAL DE SARDA SALVANY

Narciso Torres Riera

¿ES PECADO EL LIBERALISMO?

Ramón Gelpí Sabater

AL MEDIO SIGLO — 1917 — EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA — SIGUEN LAS CONSIDERACIONES SOBRE LA GRAN SUBVERSION Y LA NUEVA IDEA-FUERZA: CRISTO REY — LIX

Luis Creus Vidal

SE ANONADO...

Fray Antonio de Lugo

SIN COMENTARIOS Luis Creus Vidal

LA IGLESIA DEL SILENCIO EN CHILE L. C. V.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

El lenguaje político moderno está lleno de graves equívocos. El término «democracia», que para los griegos significaba la deformidad viciosa de la forma de gobierno republicana —así como la tiranía lo es de la monarquía, o la oligarquía de la aristocracia— había sido admitido en el lenguaje tradicional escolástico para expresar la deseable participación en el poder por parte de todos los miembros de una comunidad. Así en Santo Tomás. Pero a partir de la filosofía del siglo XVIII, inspiradora de la revolución francesa, significa *también* una concepción del mundo y una filosofía, negadora del origen divino del poder y del fundamento de las leyes humanas en una ley natural participación de la ley eterna.

Un equívoco análogo se da con el término «derechos humanos». Estos son hoy objeto de atención universal en los ambientes políticos y en los medios de comunicación, y vienen a ser como el lema o bandera que preside la vida colectiva de los Estados y de la comunidad internacional. Pero, como efecto de aquellos equívocos, podemos advertir dos hechos a primera vista sorprendentes.

Es habitual oírlos invocar para condenar represiones «derechistas», o «fascistas» o tenidas por tales, contra actividades políticas de signo izquierdista. Es también habitual que estos defensores de los derechos humanos se indignen contra quien se atreva a aludir a su violación por parte del totalitarismo comunista. Basta decir sobre esto lo que por otra parte todo el mundo sabe, para ser acusado de loco, insensato, o cómplice del fascismo; todos recordamos lo que se escribió en «Cuadernos para el diálogo» sobre la conveniencia de que no pudiesen huir de los campos de concentración hombres como un célebre escritor ruso.

Este lema de los «derechos humanos», que sirve para defender, contra limitaciones o prohibiciones por parte de la autoridad, actividades de expresión de ideas políticas, luchas laborales, huelgas, etc., y desde luego para combatir la pena de muerte, es también invocado para defender, como un derecho de la mujer, el aborto; y pronto veremos a las mismas corrientes ideológicas y políticas invocarlo, no sabemos como derecho de quién, para defender como un progreso la legalización de la eutanasia.

Estos hechos resultan sorprendentes sólo desde una consideración superficial de las cosas. En nuestro mundo occidental, y mientras sigue estando presente en la conciencia de muchos la idea del hombre como ser personal creado a imagen y semejanza de Dios, ejercen su imperio, a través de la política, ideologías cuya inspiración filosófica es radicalmente antropocéntrica,

atea y antiteísta, y por ello profundamente inhumana. El liberalismo, la democracia de inspiración doctrinal roussoniana y spinoziana, el socialismo en todos sus grados, se apoyan en concepciones filosóficas que niegan la sustantividad espiritual del hombre individual, y su libertad de albedrío y responsabilidad moral.

Cuando se habla de «derechos humanos» desde estos presupuestos filosóficos, más o menos conscientemente profesados, lo que se hace es establecer una perspectiva antropocéntrica sobre la vida social y la historia. Tales derechos se fundan en el hombre, y en nombre de estas concepciones se recusa precisamente la idea cristiana de una ley natural impresa por Dios en nuestra mente. Negada la fuente divina de la dignidad de la persona humana, el mito de la voluntad general se constituye en fundamento último de todo el orden social.

En relación íntima con este antropocentrismo, para el que el poder humano carece de límites imperativos que condicionen su decisión —por esto puede imperar el control de la natalidad, el monopolio obligatorio de la educación estatal, la esterilización, la eutanasia, y todo lo que considere útil para los objetivos que se proponga una determinada política— está la negación del origen divino del poder, expresada en la falsa metafísica de la «soberanía del pueblo».

Según la fe cristiana, obediente a la enseñanza del Apóstol San Pablo, «no hay poder sino por Dios». No radica en el hombre, cualquiera que sea su edad o situación en la familia, en la actividad económica o en la escala social, la facultad de dirigir las voluntades humanas al bien común.

La misma razón natural nos da a conocer que ninguna multitud puede ser ordenada sino desde principios que trasciendan los elementos múltiples que la integran. La fe y la filosofía cristiana están acordes en afirmar que sólo desde una perspectiva descendente, desde el origen trascendente y divino de la potestad, se justifica el derecho a su ejercicio, su título moral de autoridad, y el deber de obedecerla.

Por esto mismo la voluntad humana está al legislar sometida a la suprema legislación divina impresa, con la creación, en el orden natural puesto por Dios en el mundo. Para el antropocentrismo, por el contrario, la voluntad humana es ilimitada en sus objetivos, e incondicionada frente a toda norma que no emane de ella misma.

Es esto, y no una forma de gobierno en la que «todos tengan parte en el principado» —según la expresión de Santo Tomás— lo que, desde la inspiración de las filosofías anticristianas de los siglos modernos, se significa con la tesis de la «soberanía del pueblo», que se afirmó en antítesis al origen divino del poder.

El absolutismo, inspirado en el humanismo del Renacimiento, operó una reducción mundana e immanente de la doctrina católica a través de la tesis del derecho divino de los reyes. En nuestro siglo, en un contexto filosófico más explícitamente panteísta, se concibió el Estado como el advenimiento de lo divino sobre la tierra. Tales errores tienen un carácter idolátrico, porque atribuyen carácter divino a realidades finitas. Pero la mitología democrática de la soberanía del pueblo se levanta contra la idea misma de un principio divino de unidad, y de un modo mucho más radicalmente anticristiano se enfrenta «a todo lo que se llama Dios o recibe culto». No es ya idolatría, sino antiteísmo.

Y al negar la soberanía de Dios, se cancela la comprensión del hombre como persona. Los «derechos humanos» son entonces expresión de la omnipotencia ilimitada de la voluntad humana como único fundamento de toda norma. El mito del «pueblo» justifica, con el apoyo del falso principio que pone en la multitud como tal el principio de su unidad, aquel carácter del Estado de ser fuente y árbitro del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

En un momento en que un lenguaje cargado de equívocos, bajo los que pueden ocultarse graves errores y que pueden conducir en la práctica a consecuencias muy nefastas, invade nuestro ambiente, esta revista cree tener una responsabilidad. Bajo la inspiración del que fue maestro de sus fundadores, se inició en 1944 llevando el título de EDICIONES SARDA Y SALVANY como designación de su empresa responsable. Ahora hay que insistir en el sentido pecaminoso y erróneo de los errores que se enmascaran bajo los títulos de liberalismo, democracia o socialismo.

De otro modo nuestro pueblo correrá riesgos muy graves. Nuestros intelectuales y políticos parecen ignorar que, si tales filosofías falsas no han llevado a consumación su tarea desintegradora, es porque otros principios y tradiciones cristianas han seguido, más o menos precariamente, presentes en la conciencia colectiva de los pueblos occidentales.

Under God «Bajo Dios», decía Lincoln al hablar del Gobierno «por el pueblo y para el pueblo». En Suecia se ha conservado la confesionalidad de la monarquía, y el carácter «establecido» de la Iglesia evangélica luterana, a través de cuarenta y cuatro años de gobierno social-democrático.

Pero quizá en esto habrá que reconocer que España es diferente. El socialismo democrático tolera el protestantismo sueco y el anglicanismo, pero es moralmente cierto que no toleraría en la vida pública nuestra confesionalidad católica. Tal vez nosotros seamos más radicales y consecuentes, y avancemos más rápidamente desde los principios a las conclusiones prácticas. Un ruso genial dijo que «si Dios no existe todo está permitido», pero esto tal vez sea el pueblo español el único en llevarlo inmediatamente a la práctica.

F. C. V.

LA SOCIEDAD SIN DIOS CORROMPE LA LIBERTAD Y PERVIERTE LA AUTORIDAD

Y en efecto, dejando el juicio de lo bueno y verdadero a la razón humana sola y única, desaparece la distinción propia del bien y del mal; lo torpe y lo honesto no se diferenciarán en la realidad, sino según la opinión y juicio de cada uno; será lícito cuanto agrade, y, establecida una moral, sin fuerza casi para contener y calmar los perturbados movimientos del alma, quedará naturalmente abierta la puerta a toda corrupción. En cuanto a la cosa pública, la facultad de mandar se separa del verdadero y natural principio, de donde toma toda su virtud para obrar el bien común; y la ley que establece lo que se ha de hacer u omitir, se deja al arbitrio de la multitud más numerosa, lo cual es una pendiente que conduce a la tiranía. Rechazando el señorío de Dios en el hombre y en la sociedad, es consiguiente que no hay públicamente religión alguna, y se seguirá la mayor incuria en todo lo que se refiera a la Religión. Y asimismo, armada la multitud con la creencia de su propia soberanía, se precipitará fácilmente a promover turbulencias y sediciones; y quitados los frenos del deber y de la conciencia, sólo quedará la fuerza, que nunca es bastante a contener, por sí sola, los apetitos de las muchedumbres. De lo cual es suficiente testimonio la casi diaria lucha contra los «socialistas» y otras turbas de sediciosos, que tan porfiadamente maquinan por conmover hasta en sus cimientos las naciones. Vean, pues, y decidan los que bien juzgan, si tales doctrinas sirven de provecho a la libertad verdadera y digna del hombre, o sólo sirven para pervertirla y corromperla del todo.

LEON XIII, Encíclica «Libertas»

CARTA DEL CARDENAL VILLOT EN NOMBRE DE PABLO VI EN LA INAUGURACION DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE «TEORIA Y PRAXIS».

SECRETARIA DI STATO

N. 312178

Dal Vaticano, 5 de septiembre de 1976

Reverendo Padre
P. Benedetto D'Amore, O.P.
Direttore del Centro Internazionale
di Studi e di Relazioni Culturali.

Roma.

Reverendo Padre,

La noticia que Vd. ha comunicado de que este Centro Internacional de Estudios y Relaciones Culturales celebrará un Congreso Internacional desde el 8 hasta el 15 de septiembre sobre el tema «Teoría y Praxis» ha sido acogido con vivo interés por Su Santidad, que congratulándose por una tan útil y oportuna iniciativa, desea hacerles llegar con esta ocasión sus paternales palabras de augurio, de guía y de aliento.

No ha pasado desapercibida al Santo Padre la importancia del tema que se tratará en el Congreso, ya que parece recoger el punto central de tantas polémicas del pensamiento y de la vida en el mundo contemporáneo. Buscar un orden más equitativo y fundamentado en las relaciones entre teoría y praxis; por consiguiente revisar el papel de la razón y de la ley, como también el límite de la dependencia de la acción, significa someter a la reflexión uno de los aspectos más graves y más inquietantes de la sociedad moderna. En realidad nadie ignora cuán preponderante es hoy día el papel que suele atribuirse a la utilidad respecto de la verdad; a la acción ante la contemplación, produciendo de tal modo profundos cambios en las normas de la vida individual y social. El Concilio Ecuménico Vaticano II ya había puesto de relieve que «el cambio de mentalidad y de estructura con frecuencia pone en litigio los valores tradicionales» y además que «los modos de pensar y de sentir heredados del pasado, no siempre se adaptan bien a la situación actual: de ahí un profundo malestar en el comportamiento y en las mismas normas de la conducta» (Constit. *Gaudium et Spes*, n. 7).

El problema reviste una gravedad aún mayor por cuanto, según varias ideologías contemporáneas, una teoría no saca su valor de la verdad que exprese, sino solamente de su interés individual y social, y por ello se convierte en aceptable tan sólo en cuanto aparezca como quiera que sea, útil al individuo y a la colectividad. Hay que notar además que la valoración de una teoría en función del éxito de una praxis arbitraria se extiende a pesar de todo, también al campo religioso, por obra de aquellos que juzgan el valor de los dogmas en relación con una eficacia, cualquiera que sea, emotiva y política, llegando así a negar verdades fundamentales de la revelación cristiana y hasta la misma existencia de Dios, juzgada extraña al interés y a la utilidad de individuos y grupos sociales.

A todos y particularmente a quien minimiza y contamina la verdad evangélica, habrían de servir de advertencia las palabras de Jesús a Pilato: «Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Juan, 19, 37).

Pero si la verdad no puede claudicar ante el utilitarismo, tampoco puede cerrarse en el egoísmo, sino que debe abrirse a la comunicación y a la promoción del individuo y de la sociedad. San Bernardo ha analizado los varios modos con que el saber se aísla en sí mismo

y se expansiona en la práctica: «Hay quienes quieren saber con el solo fin de saber; y esto es torpe curiosidad. Hay quienes quieren conocer para que así sean conocidos; lo cual es torpe vanidad. También hay quienes quieren saber para vender su ciencia, por ejemplo por dinero, o por honores; que es torpe mercantilismo. Pero también hay quienes quieren saber para edificar; y esto es caridad. Por fin hay quienes quieren saber para ser ellos edificados; lo cual es prudencia: (*Sermo 36 in Cantica*, P.L. 183, 968).

La teoría se extiende en la práctica y por consiguiente cuanto más alta y amigable sea la verdad conocida, tanto más se detiene el espíritu a contemplarla y a gozar de ella con un íntimo gozo, de suerte que la verdad se convierte en principio de una práctica más elevada, convencida y eficaz. Por ello la sabiduría teórica en su desarrollo práctico deberá estar al corriente de la historia, de las condiciones culturales y sociales de la actividad humana y deberá también chocar con la historia, en cuanto a todo lo que de malo se contiene y se obra en ella. Y si bien en el paso desde la teoría a la práctica la humanidad no podrá nunca llegar a actuaciones exhaustivas, no obstante deberá siempre evitar realizaciones contradictorias.

Su Santidad, pues, mientras se complace por el trabajo que este Congreso Internacional se propone desarrollar, expresa sus deseos de que esto pueda realizarse con plena fidelidad a la Verdad Primera, inspiradora de toda verdad humana y en vistas de una práctica que promueva la justicia y el desarrollo del individuo y de la sociedad, como se expresaba el mismo S. Bernardo: «Ya ves que no se arriba acertadamente a la luz de la ciencia si antes la semilla de la justicia no se echa en el alma, de donde se forma el grano de la vida y no la paja de la vanagloria» (*Epistola 108*, P.L. 182, 250).

Con estos sentimientos el Sumo Pontífice envía de todo corazón a V.P., como también a todos los relatores y participantes al Congreso, su alentadora Bendición Apostólica.

Aprovecho esta ocasión para expresarle mis sentimientos de religioso aprecio.

De su Paternidad Rdma. dev.mo. en el Señor,

† G. CARD. VILLOT.

INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

NOVIEMBRE



GENERAL: «POR EL RESPETO DE TODA VIDA HUMANA».

Dios está presente en toda vida humana y en ella está empeñada su acción creadora.

MISIONAL: «QUE LAS NUEVAS GENERACIONES DE LOS PAÍSES CRISTIANOS CONSERVEN Y AUMENTEN LA TRADICIÓN MISIONAL.»

TEORIA Y PRAXIS EN LA PERSPECTIVA DE LA DIGNIDAD DEL SER PERSONAL

Conferencia pronunciada por el Dr. D. Francisco Canals Vidal en el Congreso Internacional «Teoría y Praxis» celebrado en Génova y Barcelona del 8 al 15 de septiembre de 1976.

«En el principio era la Acción». En la pretendida interpretación del texto evangélico que expresa Fausto en el momento anterior a la aceptación del pacto con Mefistófeles, podríamos ver expresada una actitud que define para muchos la del hombre occidental moderno: el hombre fáustico.

«Nadie os traza el camino que debéis seguir...; mi único consejo es: lo que te propongas, óbralo sin temor», dice Mefistófeles. «No trato de buscar la felicidad» responde Fausto. La quietud es contraria a la vida. «La medida óptima del temple de un hombre es la más agitada actividad».

El conocimiento de la naturaleza como instrumento del dominio del hombre sobre ella, de Bacon de Verulamio; la opción, de que habla Lessing, por la búsqueda, ofrecida por la mano izquierda de Dios, con preferencia a la verdad; el desplazamiento de la filosofía como contemplación del mundo por la praxis que se ocupa en transformarlo, del marxismo; la voluntad de voluntad nietzscheana; en todas estas actitudes la primacía de la acción, no condicionada en sí misma y en cuanto tal por fines que la trasciendan, no legislada por una normatividad natural —para la libertad de la acción no hay naturaleza sino a modo de obstáculo a superar u ocasión en que ejercerse, al modo del no-yo en el sistema de Fichte— ni por una teleología que la ordene a un bien absoluto, es siempre la expresión de un antropocentrismo que quiere alcanzar su radicalidad última.

Ya Aristóteles había afirmado que la superioridad de la prudencia y de la política sobre la sabiduría sólo tendría sentido si se afirmara también que el hombre es lo supremo en el ente. Hablaba así a modo de argumento por reducción al absurdo. Para él la praxis sería constitutiva-

mente imposible, y la tendencia que la impulsa inconsistente y vacía, si no tuviese sus principios en los fines a que aspira. No se daría lo elegible sino fuese como tal lo ordenable al fin; un fin últimamente no elegible sino por sí atractivo y como tal querido. La voluntad del fin precede y fundamenta a la elegibilidad de lo práctico.

A la intención, que considera prácticamente el fin como término del obrar, que hay que conseguir a través de los medios elegibles, precede la estimación y conocimiento de lo que es en sí mismo bueno. La subordinación de la prudencia y la política a la sabiduría se funda en el carácter teórico del juicio sobre el bien. La contemplación del bien óptimo y fin último universal «en gracia del cual se ha de obrar todo lo que se obra», pertenece a la filosofía primera, a la sabiduría especulativa.

Contra este carácter de la contemplación del bien como fundante y orientadora de la vida humana a sus fines, se rebela precisamente el radical antropocentrismo que quiere ejercerse en la primacía incondicionada de la acción. Todo fin que sea «aquello a que la acción tiende» ha de quedar excluido si la acción no puede tener otro principio que ella misma. Por eso Fausto, declara que no busca la felicidad, para dar así garantía de su compromiso, de su entrega al movimiento sin descanso.

No podría negarse que en nuestra sociedad contemporánea occidental este ideal actúa, llenando paradójicamente el ambiente y viniendo a ser el programa común y uniforme de los movimientos de no-conformismo e inquietud que orientan los sectores de «vanguardia» en la política, en el arte, en la cultura y en la teología. Y no podría negarse que esto ocurre en un mundo en que se ejerce a escala planetaria la planificación,

la programación, la objetivación, la racionalización, es decir, en el que impera esta «metafísica» de nuestros días que es para Heidegger la tecnología como ejercicio de la voluntad de voluntad. Ocurre también que es de un modo progresivamente uniforme y «propagado», en el que se dice que «cada uno» se niega a ser alienado, cada joven se niega a ser manipulado, cada mujer se niega a ser «objeto».

Podría interpretarse este proceso, con el triunfalismo filisteo de los tecnólogos de una política educadora y conformadora de la sociedad, como el impacto de las tareas progresivas de los dirigentes de la planificación en el progreso de la toma de conciencia de las nuevas generaciones. Las alienaciones, las opresiones y manipulaciones, la reducción a «objeto», pertenecerían constitutivamente a la tradición y al pasado; sería sólo un lastimoso malentendido el que haría que algunos las atribuyesen a la evolución progresiva de la sociedad industrializada y tecnificada, es decir, regida por una ciencia puesta al servicio de la rápida transformación de las condiciones de la vida humana.

Tengo la convicción de que los que piensan así no han alcanzado a una reflexión profunda sobre los problemas de la existencia del hombre contemporáneo, y que influidos por las propagandas y arrastrados por lo que públicamente se dice cada día, no han caído en la cuenta de que el antropocentrismo expresado en la primacía absoluta de la praxis se ha constituido a sí mismo en una metafísica absoluta y aún en una religión, al adorar la libertad y la historia, la acción y el progreso, no tiene nada serio y último que decir sobre el «pobre» individuo humano, el que está en la naturaleza de las cosas, el hombre empírico y «fenoménico», sobre el Cayo o Sempronio que tritura Fichte en nombre del carácter absoluto, altivo y libre, del espíritu, sobre el «quien» que no puede dar razón de sí mismo en el contexto del lenguaje verdadero, en el duro diálogo de la fenomenología del espíritu hegeliana.

El mito del hombre como puro sujeto activo, libre e incondicionado, sin naturaleza ni ley natural, sin subordinación a fines a los que aspire por una inclinación impresa en su ser sustancial, se refiere un «para-sí» inexistente en la realidad natural. Cada uno de nosotros, considerado en sí mismo, queda reducido al plano de lo objetivo y natural, que en definitiva sólo es para la libertad campo de acción, resistencia a vencer, y también

destinatario de la propaganda de la rebeldía y del movimiento permanente.

De aquí la paradoja de la situación contemporánea, en la que se produce un uniforme no-conformismo como triunfo de la hegemonía de una filosofía de movimiento universal y permanente, pero en la que la conciencia de opresión y aplastamiento por parte de esta sociedad progresiva es, en un sentido mucho más profundo, verdadera y auténtica.

El hombre concreto e individual, la persona, la sustancia individua de naturaleza racional, el espíritu subsistente «en carne y hueso», es totalmente heterogéneo respecto de la nebulosa de la ilimitada y absoluta acción postulada por la metafísica de la primacía de la praxis.

«Sois lo que sois», responde Mefistófeles con ironía trágica a Fausto, al darse cuenta éste de que lo que busca solo puede alcanzarlo un dios, y de que está tan distante de lo infinito como lo estuvo siempre antes de su compromiso de movimiento permanente. «Sois lo que sois», visto como objeto, como «en-sí», como ente de la naturaleza, como parte del absurdo y nauseabundo existente, se os continúa viendo sometido a la necesidad ciega y compacta. Al ser mirados no somos sino cosas, y las cosas son lo que son.

En verdad que, cancelada la primacía de la contemplación y con ella la verdad y el bien en lo que es, deja de tener sentido final el «ver», aunque fuese reconocido, o más bien precisamente si fuese reconocido, como aquello a que todos los hombres tienden por su naturaleza. Deja de tener sentido la admiración y la teoría, la actitud de detenerse a mirar, que sería anulación de la vida para el que así se detiene.

Al cancelar la primacía de la contemplación, el antropocentrismo radical expresado en la primacía absoluta de la praxis cancela el reconocimiento de aquello que es *dignissimum in tota natura*. Persona es *nomen dignitatis*, pero esta dignidad entitativa no puede ser admitida, ni en sí mismo ni en el prójimo, por el hombre endiosado y suicida entregado al mito de la acción sin fin.

Demasiados hombres concretos y reales habrán sido víctimas de esta seducción de desprecio al ser y a la verdad por la afirmación del para-sí como pura actividad y libertad, para que no reconozcamos que ha podido tomar fundamento la acerba fenomenología sartriana sobre el «ser mirado». Porque desde la incodicionada afirma-

ción de la voluntad y de la praxis la mirada es sólo dominadora, y por esto ofensivamente «inspectora» y aplastante.

Esta fenomenología del mirar pretende apoyar con un argumento existencial el antiteísmo postulativo del existencialismo ateo. Dios sería el «inspector» infinito, cuya mirada eterna y omnipresente anula toda posible libertad.

Ahora bien, esta argumentación antiteísta y la fenomenología de la mirada humana en que se apoya hacen patente el drama del humanismo ateo. Y nos invitan a dar una respuesta *ad hominem* al sin-sentido de un antropocentrismo que recusa la verdad y el bien en el ser y la contemplación y el amor en la felicidad del hombre.

Atendamos con sinceridad a la situación del hombre contemporáneo, en la sociedad regida por una voluntad planificadora al servicio de sí misma y sin fines «especulativos». Lejos de ser aplastado por la mirada del prójimo, hallaremos tal vez que en su trágica soledad, perdido en lo público y sumergido en la socialización impersonal de pretendidas «relaciones humanas», este hombre podría ser caracterizado con el título de: «el hombre a quien nadie miró».

El lenguaje de una ciencia que sirve a la efectividad técnica utiliza cada vez más un extraño modo de significar: llama fenómeno sociológico al paro obrero, experiencia patológica a la enfermedad, y problema psicológico al que debería llamar mental o psíquico o tal vez espiritual. La estadística y la encuesta se formalizan matemáticamente en una sociología que no contempla esencias en los grupos o relaciones sociales, pero cuya concreción y aplicabilidad exige, como a la reflexología y a la psicología de la conducta, no detenerse a contemplar sino aquello que puede ser, por el cálculo, dominable.

En los medios de comunicación social se utiliza a veces la expresión «es noticia» para atribuirle a personas o acontecimientos. Se pone así de manifiesto su inclinación a ocuparse y a hablar de «aquello de que se ocupan y hablan» aquellos mismos medios de comunicación. Aparece un extraño mundo nuevo de entidades como de «*secunda intentio*» que podría definirse como el del «ente de noticia», lo que tiene ser en el mundo de la noticia y cuya entidad o esencia consiste en la noticiosa.

Hemos podido hacer muchas veces la experiencia desconcertante de ver hasta qué punto son los hombres distintos de su traducción en «ser

de noticia». Valores y deficiencias, carácter y aptitudes, y no sólo su vida personal y familiar sino incluso la profesional y política, difieren, a veces con radical heterogeneidad, de lo que ha alcanzado a traspasar la misteriosa frontera que separa la desconocida realidad de la prestigiosa noticia.

El hecho responde a la utilización dominadora, a la finalidad política y no teórica, de los medios de comunicación social. El hecho sería menos grave si el hombre continuase siendo conocido a nivel doméstico por sus familiares y amigos; pero ahora que la «tercera edad» es también un «tema sociológico» y de programación sociopolítica, está ocurriendo cotidianamente en las grandes ciudades la vida y la muerte solitaria de los ancianos, mientras la infancia parece estar destinada por el progreso y por la emancipación de la mujer a ser atendida por el Estado por personal especializado, o entregado en los niveles económicamente más altos a la atención mercenaria y utilitaria de los *baby seekers*.

Un literato conocedor del mundo de hoy podría fingir, con fundamento en la realidad, la biografía novelesca de este «hombre a quien nadie miró», que podría haber sido reiteradamente fotografiado, radiografiado, sometido a análisis clínicos y tests psicológicos, y cuyos datos podrían estar archivados en abundantes ficheros y memorias electrónicas. Este hombre podría haber vivido constantemente inmerso en grupos multitudinarios. ¿Podríamos imaginar el tipo de «problema psicológico» que se daría en un hombre así desde su infancia y en su adolescencia y al acercarse a la juventud y a la madurez? ¿O acaso no es un problema así el que afecta a compañeros o convencinos o familiares nuestros? ¿No tiene que ver con esto la difusión de las drogas y el suicidio juvenil?

El «ser mirado», con mirada desinteresada, contemplativa y amorosa, lejos de ser destructor y anonadante, es una exigencia radical de la existencia y de la vida humana personal. Kant habla del imperativo de considerar al hombre siempre como fin y nunca como medio, pero el formalismo ético enlazado a la primacía de la razón práctica no puede dar fundamentación a tal exigencia. Sólo si se reconoce teóricamente el ser personal como lo que es *dignissimum in tota natura* y —puesto que el ente se convierte con el bien— como lo bueno «honesto» máximamente, como el único término posible del amor de amistad, que-

da fundamentada la comprensión del ser personal como el fin y bien propiamente y por sí mismo amado, ya que todo lo demás sólo puede ser deseado, querido, para la persona.

Por esto la vida personal quedaría negada si se diese a la mirada sentido instrumental o útil en orden a la efectuación de resultados proyectados «sin temor» por una acción no radicalmente exigida y atraída por lo bueno en sí. Un hombre podría haber sido muchas veces mirado en este sentido —quizá para diagnosticar y dictaminar sobre la oportunidad y procedencia de su eutanasia— y sentirse íntimamente en la situación trágica del hombre a quien nadie miró. La fenomenología sartriana, en su proterva unilateralidad, no considera sino aquella situación que es precisamente la creada en el orden de las relaciones sociales por la pretendida autarquía de una subjetividad que quiere ser libertad incondicionada, y que es por ello mismo ceguedad soberbia y arbitrariedad anárquica e implacable.

De aquí que en el mundo en que se quieren proclamar los derechos humanos desde una perspectiva de antropocentrismo radical, se pueda palpar en el ambiente el advenimiento del temor. La opción de la voluntad imperante y planificadora puede hacer suceder la decisión eutanásica al apremio de la atención hacia los subnormales o hacia a la lucha contra el cáncer. Se optará en su momento, según lo que se quiera conseguir y según parezca útil, supuestos los datos que ofrezca la pirámide demográfica, y el equilibrio entre la producción y el consumo. No es anecdótico que sea desde presupuestos doctrinales y actitudes ideológicas desde las que se combate la pena de muerte, donde se comience a proclamar también como derecho humano, como derecho de la mujer, el aborto.

Si creemos ver en esto una inconsecuencia es porque está presente todavía de un modo amplio y profundo, más de lo que se admite expresamente, la concepción cristiana del hombre y la elaboración teórica sobre la misma que fue principalmente obra de San Agustín, y que es parte nuclear del patrimonio espiritual y cultural de Occidente. Pero aquella paradoja no es inconsecuencia para quien se sitúe en la perspectiva de las concepciones filosóficas para las que son ilusión el yo personal, su libertad y albedrío y su responsabilidad moral.

La soledad y opresión del hombre contemporáneo son efectos connaturales de la hegemonía

creciente de *la metafísica del idealismo de la voluntad y de la acción, en la que hay que incluir, pese a cuestiones de palabras, el marxismo*. Primacía incondicionada de una praxis «sin temor», y también sin respeto ni amor hacia lo que es en sí fin y bien.

Desaparecido el reconocimiento contemplativo de la verdad y del bien, queda sin fundamento una distinción que fue fundamental para el pensamiento griego, y que el pensamiento occidental cristiano mantuvo en lo profundo aunque con terminología menos rica y precisa.

Me refiero a la dicotomía *praxis-poesis*. La *praxis* es la acción humana deliberada y elegida, en cuanto orientada a la perfección del hombre, al bien humano como dice Aristóteles. Sus hábitos perfectivos son las virtudes éticas y la prudencia, que perfecciona el entendimiento práctico para la recta elección. La *poiesis* es la eficiencia humana en cuanto causativa racionalmente de perfección y bien en lo efectuado por el hombre; su hábito perfectivo es la *tejne*, que se tradujo al latín por *ars*, y que es la virtud de la razón en su función poiética, regulativa de la *poiesis* humana en cuanto productiva de efectos.

Praxis y *poiesis* se entrecruzan constitutivamente, pero para el pensamiento helénico se mantenía precisa la distinción entre el sentido y finalidad de una y otra, que en cuanto tales son distintas e irreductibles. Mientras en el plano ético es reprochable el que yerra o causa un efecto deficiente por voluntad consciente, en el orden técnico será deficiente el que yerra cuando quiere acertar, mientras que el que produce de intento el efecto deficiente muestra con ello el dominio que tiene sobre los efectos que produce. Lo que en el lenguaje ordinario llamamos un hombre práctico sería llamado correctamente, en esta terminología griega, un hombre capacitado o hábil en el plano poiético o técnico. La perfección del hombre práctico se entiende, desde aquella misma terminología helénica, como definida por la prudencia y las virtudes morales.

Para una praxis no normada en sí misma por una ley natural, y para que las leyes «de la naturaleza» no son sino la condición según la que ejercer su dominio, que en cuanto praxis es autárquico e incondicionado, carece de sentido la distinción entre la rectitud moral y la eficacia técnica.

Si el antropocentrismo radical de la primacía de la praxis reduce lo teórico al constituirse la

acción en algo absoluto, con ello sucumbe la praxis misma y la moralidad, que quedan identificadas con el poder activo y eficiente de la razón. La que quiere ser libertad suprema, viene a ser sumisión del hombre a una actividad transformada en control tecnológico y planificado, al servicio de su utilización como instrumento de procesos de producción-consumo.

Si tenemos presente aquel desprecio «filosófico» por la substancialidad espiritual y personal del hombre y por su libre albedrío, que inspira las concepciones ideológicas dominantes en el Occidente contemporáneo —en lucha con su tradición cristiana— comprenderemos que no es un contrasentido, sino algo fundado en el dinamismo propio de una política constituida en religión y que concibe el Estado como providencia del hombre, el que la comunicación de las ideas sea técnica de propaganda y publicidad, la educación se transforma en manipulación o en amaestramiento para causar técnicamente un aprendizaje, y la reflexología y el conductismo sean los métodos de este modo de comprender el gobierno de los hombres.

La inhumanidad y unidimensionalidad no son accidente o anécdotas, sino que brotan de la raíz del humanismo ateo y ponen de manifiesto su trágico sin-sentido. Esto nos lleva también a constatar la impotencia ante esta situación de todo intelectualismo teoreticista, que será estéril e impotente, y que es radicalmente opuesto a lo que es más nuclear y decisivo para un pensamiento cristiano auténtico sobre la persona humana. El hombre no soportaría tampoco ser mirado únicamente como dato para un estudio científico universal sobre la naturaleza humana.

Frente a las escisiones entre la teoría y la praxis y frente a la autosuficiencia inhumana de una acción ciega para el bien y despiadada en su ignorancia del amor, nos urge comprender un aspecto fundamental de la filosofía cristiana. *Sólo en el conocimiento del bien adquiere su culminación sapiencial lo teorético; sólo en la mutua inclusión del entendimiento que conoce lo bueno y*

la voluntad que lo ama se ejerce plenamente el acto por el que se define la nobleza suprema del entendimiento; sólo la criatura racional, la persona creada a imagen de Dios, puede ser amada por cuanto sólo ella en el Universo creado dice razón de bien y de fin propia y plenamente; toda ciencia y toda filosofía desconectada de la contemplación, entendida como comunicación de vida personal, sería vacía y sin valor perfectivo del hombre. Quiero añadir aquí una palabra de homenaje a Jaime Bofill, el que fue catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, que tuvo este punto como preocupación central de su tarea filosófica.

Toda ley tiende, afirma Santo Tomás, a constituir la amistad de los hombres entre sí o de los hombres con Dios como fin último. El fin de la ley es el amor. El amor, en su exigencia incondicionada, pone en marcha toda praxis y la rige y ordena. El amor no cae, de suyo y en cuanto tal, en el contenido elegible y prudencial de la praxis humana, antes la trasciende y sostiene —la caridad teologal no está bajo sino sobre la prudencia infusa o sobrenatural— a la vez que es como el núcleo y el corazón más íntimo de lo contemplativo o teorético.

La primacía final de la contemplación, que es compatible y que exige el reconocimiento de una primacía dinámica de la acción en el hombre viador, la no escisión ni antítesis entre lo teorético y lo práctico, se comprenden sólo si no se ignora la implantación del amor en el orden de lo contemplativo, de la que deriva la exigencia y el imperio del amor sobre la praxis. Si no comprendemos el supremo acto contemplativo como comunicación de vida y la inserción del amor en la contemplación como felicidad del hombre, no habremos comprendido tampoco lo que es la sabiduría humana y cristiana. «No se entra en la verdad sino por la caridad.» «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.»

FRANCISCO CANALS VIDAL
Génova, 10 de septiembre de 1976



La bancarrota del liberalismo y el Reino de Cristo

La bancarrota del liberalismo y el Reino de Cristo

Las ideas, los textos y el título de este artículo están extraídos de dos obras del insigne publicista Enrique Ramière. Fueron escritas hace ahora un siglo, pero su contenido, por su acuciante actualidad, no sólo permite adaptarse a los presentes tiempos, sino que, más aún, parece pensado y escrito para los hombres de hoy.

La obra «La bancarrota del Liberalismo», que aparece en 1875, comienza así:

«Dando una mirada a todo el mundo civilizado, vemos brotar de los acontecimientos que se van realizando, dos verdades en apariencia contradictorias, y en realidad unidas entre sí por necesario enlace, y son: el liberalismo obtiene por todas partes un triunfo completo, espantoso; y ello no obstante, por doquier se ve obligado a destruirse a sí mismo.

Que este infausto sistema triunfa por todas partes, no es necesario demostrarlo, basta abrir los ojos para convencerse de ello. El liberalismo ha afirmado a un tiempo su dominio sobre las almas, las leyes y las costumbres... Y sin embargo, en el momento en que sus conspiraciones eran coronadas con el más pleno triunfo, en el momento en que el liberalismo se había asegurado el concurso de todos los poderes que tienen la misión de combatirlo, un defensor de la verdad, el diputado Reichensperger, tenía el valor de proclamar en el Parlamento de Berlín *la bancarrota del liberalismo*.

(...) Tal es la venganza reservada por Dios en favor de la eterna verdad, momentánea y aparentemente vencida por el error. Cuando éste ha llegado al apogeo de su poder y se lisonjea de haber conquistado un imperio irresistible sobre los ánimos y naciones todas, Dios le hace expiar su victoria con un doble castigo: con los desastres que acarrea a los

pueblos sometidos a su yugo, y con las contradicciones en las que necesariamente cae en su desarrollo por razón de los errores que lleva ocultos bajo hipócritas fórmulas.

El liberalismo ha llegado a esta hora fatal en que, renegando de todas sus máximas, y desmintiendo todas sus promesas, destruye sus propios principios con el último desarrollo de sus consecuencias.»

¿Qué es lo que se entiende por liberalismo?

«El liberalismo es aquel sistema que afirma la completa independencia de la libertad humana, y niega por consiguiente toda autoridad superior al hombre, sea en el orden intelectual, en el religioso, sea en el político. Tal es la idea que se colige de la famosa *Declaración de los derechos del hombre*, símbolo fundamental del liberalismo (...).

Por lo tanto, Dios ya no es el Señor, ni en el orden intelectual, ni en el religioso, ni en el político; en esta triple esfera el hombre es soberano. Tal es el principio del liberalismo, negación directa y absoluta de la doctrina católica, que afirma la soberanía de Dios en todos los órdenes en los que el error liberal proclama la independencia del hombre.»

El liberalismo es el anticristianismo

«Es en verdad imposible creer en la divinidad de Cristo y negarle su dignidad real sobre la sociedad, como es imposible admitir que el Hijo de Dios se haya hecho hombre y que de hecho no sea jefe de la familia humana; que haya aceptado el título y la misión de Salvador, y que sea lícito a los individuos, a las familias, a los pueblos buscar fuera de El su salvación. Si es cierto que en la sociedad la naturaleza humana alcanza su perfección, y por el ejercicio de las virtudes sociales se acerca más y más a la naturaleza divina, limi-

tar el imperio del Hombre-Dios al estrecho círculo de las conciencias individuales y desterrarle de la sociedad, es lo mismo que arrebatarse su más bella corona y excluirle de su más bello dominio. Menos absurdo sería negar francamente su divinidad.»

Por lo demás, el liberalismo llega demasiado tarde para oscurecer el dogma de la autoridad real de Jesucristo sobre la familia humana; puesto que entre todos los títulos del Hombre-Dios no hay quizás otro que le sea dado más solemnemente por las profecías antiguas, y que más alta y repetidamente sea proclamado en las Santas Escrituras. El fue anunciado a la humanidad muchos siglos antes de su venida como el Rey de las gentes y el Deseado de los pueblos. Las enteras naciones, y no algunos individuos tomados aisladamente, son invitados en las sagradas Letras a ponerse bajo sus leyes y a recibir la paz que les trae. Dios da a su Hijo las naciones en herencia, y le encarga las gobierne con cetro de hierro. Son finalmente los reyes y los jueces de la tierra a quienes el Omnipotente intima a rendir homenaje a su Cristo, si quieren evitar su indignación (...).

Por espacio de catorce siglos las naciones cristianas, aun en sus más culpables desvaríos, no pensaron jamás en contrastar esta supremacía del Hijo de Dios. Príncipes y pueblos convenían en reconocer su autoridad como la base de todos los poderes, y su ley como la norma de todas las leyes. Así formaban bajo su paternal cetro una familia de naciones, que se llamaba la Cristianidad. La Revolución, destruyendo esta creación, la más sublime de cuantas ha sido escenario la tierra, ha consumado una verdadera herejía social, y cabalmente el liberalismo ha erigido en sistema esta culpable negación de los derechos de Jesucristo. Después de todo esto, ¿hemos hecho mal en llamarlo el anticristianismo?

Liberalismo y socialismo

Muchos, todavía hoy, creen que el socialismo radical: el marxismo revolucionario, surge como una reacción contra los fallos y excesos del liberalismo económico: el capitalismo. Ramiere nos demuestra cómo el socialismo no es ninguna reacción, sino el lógico desarrollo de los principios liberales:

«Si no se reconoce pura y simplemente la autoridad que el Hijo de Dios ha venido a establecer en la tierra, para llenar sus veces no queda en pie ningún poder capaz de dirigir la razón del hombre, gobernar su libre voluntad y refrenar sus malas pasiones. Fuera de Dios no hay para mandar al hombre más que los hombres sus iguales, ¿y qué hombre podrá arrogarse sobre sus semejantes la autoridad que él niega al Criador? Lo repetimos: rechazada la doctrina católica, la lógica sólo está de parte del liberalismo extremado. En el orden intelectual, religioso y político, el hombre es independiente, la libertad humana es soberana, y el derecho de cada uno no tiene otro límite que su poder. He aquí lo que exige la lógica de las ideas y lo que tarde o temprano exigirá la lógica de los hechos. (...) El radicalismo es el liberalismo sincera y lógico, que proclama todos sus principios y no retrocede ante ninguna de sus consecuencias... En el orden político es la demagogia, el derecho otorgado a la multitud de destruir o cambiar a su gusto las instituciones civiles. En el orden político-religioso, es la plena esclavitud de la sociedad religiosa a la sociedad política.»

«Es absolutamente insostenible la posición intermedia del liberalismo conservador. Si no admite la doctrina social fundada por el cristianismo sobre la caída y redención del hombre, debe necesariamente admitir en toda su extensión la doctrina antisocial, deducida del socialismo de la hipótesis naturalista. La lógica del error, favorecida por la violencia de las pasiones, ha hecho deducir las últimas consecuencias de los principios liberales y no hay en el mundo poder ni habilidad bastante para contenerlas... "Es necesario ser católico o socialista", ha dicho muy bien Saint-Bonnet. Toda la política gira en torno a estas dos ideas: o el hombre nace bueno, y de ahí la libertad, la igualdad de derechos, la no necesidad de código penal, o el hombre nace inclinado al mal. La cuestión religiosa es toda la cuestión política. Vuestro racionalismo, oh hombres de Estado, es la metafísica del socialismo.

Tal es la conclusión: Liberalismo y Revolución son una misma cosa. El liberalismo es la doctrina de la Revolución y la Revolución es la aplicación del Liberalismo... y los pueblos que se han dejado seducir por la mentira del liberalismo, por necesidad de la lógica inexo-

nable, se ven obligados a beber todo el cáliz de sus consecuencias.»

La ley de la razón inversa de las fuerzas represivas

Ramire expone la que llama «Ley de la razón inversa de las fuerzas represivas», tan cierta como la de Kepler, y que por sí sola bastaría para probar la inevitable bancarrota del liberalismo político: la necesaria correlación entre la disminución de la autoridad de Dios y el acrecentamiento de la fuerza brutal:

«Es del todo claro que se hace indispensable que haya una fuerza represiva cualquiera que sea, y que la sociedad tiene por uno de sus principales deberes la creación de esa fuerza para su defensa común. De dos maneras pueden ser reprimidas las violaciones a que están expuestos los derechos: por dentro o por fuera, con la influencia moral o con la fuerza bruta. Cuanto más la Religión dominará sobre las almas, conteniendo sus desordenadas pasiones, tanto menos necesario será reprimir los excesos con la fuerza material, y al contrario ésta deberá ser tanto más rigurosa, cuanto más influencia aquella haya perdido. Semejante razón inversa, que se halla en la misma naturaleza de las cosas, viene también a ser confirmada por la experiencia. De los múltiples notables hechos en que se apoya Le Play, uno sólo tomaremos, y éste es en que en dos naciones de Europa, en las que hasta ahora se ha conservado más su autoridad social, ha sido casi nula e innecesaria la fuerza pública; nos referimos a los pequeños cantones católicos de Suiza y a las provincias vascas del Norte de España; y aun en algunos puntos de estas provincias, para mantener asegurado el orden, bastaba colocar en sitio público la vara que representa y simboliza la autoridad.»

¿Cuál es el remedio?

¿En qué fundamos nuestra esperanza?

El autor se pregunta: ¿Dónde hallaremos el remedio para este deplorable estado de cosas? Parte del principio de que los servidores de Dios tan sólo pueden luchar con las armas de la verdad y de la justicia, y que ni recurriendo a la fuerza, ni al poder de los príncipes, se podrá ya restituir la salud a la sociedad moderna.

«¿En qué fundamos nuestra esperanza? En primer lugar, en Dios, el omnipotente médico de las sociedades, y después, aunque en un sentido muy diverso, en el exceso del mismo mal. Tal es la enseñanza que da el estudio de la Historia: vemos que la Providencia no tiene medio más eficaz para aleccionar a las sociedades, que la experiencia de las funestas consecuencias de sus errores. Antes de curarlas de los males que se han acarreado con su infidelidad, permite que se agraven estos males hasta el punto que parezcan irremisiblemente incurables; y entonces es cuando muestra su poder y su bondad, enviándoles del cielo el remedio que en vano habían pedido a la tierra.

Consideradas de esta suerte, bajo el punto de vista de la divina misericordia y respecto de los pueblos que Dios quiere salvar, las mismas tinieblas pueden, con su obscuridad, ser el indicio de la aproximación de la luz. En este sentido creemos ver hoy día, en el quebrantamiento general de las bases más esenciales de la sociedad, el indicio de una próxima intervención de la divina misericordia. Cuanto más desesperado es nuestro estado respecto a los hombres, con más firmeza confiamos en la bondad divina.

Desesperen en buena hora aquellos que pueden persuadirse de que Dios ha dado ya a su Iglesia toda la gloria que la tenía destinada en la tierra. Por lo que a nosotros toca, abrigamos la invencible persuasión de que los pasados triunfos de la verdad no son más que los comienzos de un triunfo mucho más completo que le está reservado en lo porvenir. Cada vez que ha sido acometida por un error parcial, ha parecido que debía sucumbir; pero no ha tardado en suceder a aquella aparente derrota, una gloriosa victoria.

Nada puede impedirnos esperar que Dios va a conceder a su Iglesia semejante compensación, y esta vez la victoria parece deberá ser tanto más gloriosa, cuanto el ataque ha sido tanto más violento, y la derrota en apariencia más irremediable.

No ha sido una sola verdad la que ha sido atacada en esta ocasión, han sido todas las verdades. No ha sido un solo pueblo el que se ha sublevado contra la soberanía de Jesucristo, ha sido toda la sociedad moderna. Las leyes de la Providencia parecen exigir que a esta universal apostasía vaya unida una com-

pleta restauración; y como la apostasía es la falta no sólo de los príncipes y de los gobiernos, sino de la sociedad entera, así la restauración debe obrarse con el concurso espontáneo de los gobiernos y de los pueblos.»

No es imposible para Dios

«Si se nos dice que esta conversión es humanamente imposible, no lo negaremos; pero en cambio sostenemos, y esto nos basta, que no es imposible a Dios.»

No, no es imposible a Dios obligar a la sociedad humana a que reconozca esta indispensable necesidad de la autoridad divina, que sus dolorosas agitaciones la hacen cada vez más sensible; no, no es imposible hacer aceptar a nuestra sociedad la soberanía del Hombre-Dios, como no lo fue en otro tiempo imponer al mundo pagano el dogma de la unidad de Dios. El divino poder, que hizo el primero de estos milagros, es capaz de obrar el segundo. Si el mundo no merece semejante gracia, es acreedora de ella al menos su Iglesia, cuyas pruebas terrestres reclaman esta compensación, y la merece Jesucristo, a quien Dios, su Padre, prometió, por boca de todos sus profetas, el universal establecimiento de su soberanía.

Lo que es indudable al menos, es que este solo milagro puede hacer brotar la luz en el seno del caos en que se halla abismada la sociedad moderna. No hay remedio humano para esta mortal enfermedad de las almas. Cualquier religión nueva es imposible; cualquier filosofía es radicalmente impotente.

No queda, pues, otro recurso: o es preciso renunciar para siempre al más preciado tesoro del hombre, o consentir en recibirle de manos de Aquel que vino a traérnoslo del cielo. La sociedad humana sólo puede volver a entrar en el goce de la verdad, el día en que reconozca de nuevo por Rey al que dijo: YO SOY LA VERDAD.»

El reino de Cristo

«La causa de los males de la sociedad moderna es la pretensión de poder sustraerse a la soberanía

de Dios y constituirse fuera de Jesucristo. Esta pretensión es la que mata a la sociedad moderna; y mientras no la rechace completa e irrevocablemente, en vano intentará librarse de la muerte. Todos los que llamará para reparar sus ruinas, sólo levantarán muros sin argamasa, según la expresión del Profeta, y sus construcciones se derrumbarán al primer soplo de la próxima tempestad. Todos sus progresos serán vanos engaños, todos sus inventos sólo servirán para agravar sus desórdenes, estimulando su egoísmo. En vano será que uno y otro día llame a la paz; la paz no vendrá. Proclamarán la libertad y su esclavitud irá en aumento, mientras no restablezca en su trono al único verdadero libertador, y hasta que no se establezca de nuevo sobre el fundamento que le puso la misma mano de Dios, el único verdadero pacificador.

Entonces y sólo entonces comenzará la nueva era. Entonces el mundo nuevo será creado. Entonces el Evangelio, aceptado como regla de las relaciones sociales, al propio tiempo que la de las individuales, permitirá conservar paz sin agotar los recursos en ruinosos armamentos, y mantener los derechos sin oprimir la libertad. Entonces la sociedad, instruida por la dura, pero saludable enseñanza de la experiencia, iluminada por las mismas tinieblas que han amontonado tres siglos de estériles discusiones, comprenderá mejor la suavidad del yugo que le impone la autoridad divina, y rendirá a Jesucristo y a su Iglesia un tributo más libre que el del temor y más duradero que el de una ignorante sencillez.»

(...) Quizás este triunfo no lo veremos nosotros con nuestros ojos en esta tierra; pero ¿qué importa? ¿Acaso no debemos darnos por muy satisfechos habiendo cooperado a él?

Si, como confiamos, Jesucristo debe reinar un día en la sociedad humana, libre y amorosamente sometida a sus leyes, nos cabrá un gran contento con poder decir que, sacrificando nuestra popularidad, y despreciando la ira de la opinión, pudimos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a facilitar el establecimiento de este terrestre reino del Hombre-Dios; a procurar a la Iglesia esta gloria y a la sociedad humana esta felicidad.»

J. J. E.-S.

Dos textos clarividentes de Donoso Cortés

Viniendo ahora a las causas de esta revolución, el partido progresista tiene unas mismas causas para todo. El Sr. Cortina nos dijo ayer que hay revoluciones porque hay ilegalidades y porque el instinto de los pueblos los levanta uniforme y espontáneamente contra los tiranos. Antes nos había dicho el Sr. Avecilla: «¿Queréis evitar las revoluciones»? Dad de comer a los hambrientos.» Véase pues aquí la teoría del partido progresista en toda su extensión: las causas de la revolución son, por una parte, la miseria; por otra, la tiranía. Señores, esa teoría es contraria, totalmente contraria a la Historia. Yo pido que se me cite un ejemplo de una revolución hecha y llevada a cabo por pueblos esclavos o por pueblos hambrientos. Las revoluciones son enfermedades de los pueblos ricos; las revoluciones son enfermedades de los pueblos libres. El mundo antiguo era un mundo en que los esclavos componían la mayor parte del género humano; citadme cuál revolución fue hecha por esos esclavos. (*En los bancos de la izquierda: La revolución de Espartaco.*)

Lo más que pudieron conseguir fue fomentar algunas guerras serviles; pero las revoluciones profundas fueron hechas siempre por opulentísimos aristócratas. No, señores, no está en la esclavitud, no está en la miseria el germen de las revoluciones; el germen de las revoluciones está en los deseos sobreexcitados de la muchedumbre por los tribunos que la explotan y benefician. *Y seréis como los ricos*; ved ahí la fórmula de las revoluciones socialistas contra las clases medias. *Y seréis como los nobles*; ved ahí la fórmula de las revoluciones de las clases medias contra las clases nobiliarias. *Y seréis como los reyes*. Ved ahí la fórmula de las revoluciones de las clases nobiliarias contra los reyes. Por último, señores, *y seréis a manera de dioses*; ved ahí la fórmula de la primera rebelión del primer hombre contra Dios. Desde Adán, el primer rebelde, hasta Proudhon, el último impío, esa es la fórmula de todas las revoluciones.

(Donoso Cortés, «Discurso sobre la dictadura», pronunciado el 4 de agosto de 1849. *Obras completas*, B.A.C., vol. II, pág. 193. Madrid, 1946.)

La escuela liberal tiene por oficio proclamar las existencias que anula y anular las existencias que proclama. Ninguno de sus principios deja de ir acompañado del contraprincipio que la destruye. Así, por ejemplo, proclama la monarquía, y luego la responsabilidad ministerial, y, por consiguiente, la omnipotencia del ministro responsable, contradictoria de la monarquía. Proclama la omnipotencia ministerial, y luego la omnipotencia soberana, en materias de gobierno, de las asambleas deliberantes, la cual es contradictoria de la omnipotencia de los ministros. Proclama la soberana intervención en los asuntos del Estado de las asambleas políticas, y luego el derecho de los colegios electorales para fallar en última instancia, el cual es contradictorio de la intervención soberana de las asambleas políticas. Proclama el derecho de supremo arbitraje que reside en los electores, y luego acepta más o menos explícitamente el supremo derecho de insurrección, contradictorio de aquel arbitraje pacífico y supremo. Proclama el derecho de insurrección de las muchedumbres, lo cual es proclamar su soberana omnipotencia, y luego da la ley del censo electoral, lo cual es condenar al ostracismo a las muchedumbres soberanas. Y con todos estos principios y contraprincipios se propone una sola cosa: alcanzar a fuerza de artificio y de industria un equilibrio que nunca alcanza, porque es contradictorio de la naturaleza de la sociedad y de la naturaleza del hombre. Sólo para una fuerza no ha buscado la escuela liberal su correspondiente equilibrio: la fuerza corruptora, la corrupción es el dios de la escuela, y como Dios, está a un tiempo mismo en todas partes. De tal manera ha combinado las cosas la escuela liberal, que donde ella prevalece, todos han de ser forzosamente corruptores o corrompidos; porque en donde no hay ningún hombre que no pueda ser César, o votar al César, o aclamar al César, todos han de ser o Césares o pretorianos. Por esta razón, todas las sociedades que caen debajo de la dominación de esta escuela, mueren de una misma muerte: todas mueren gangrenadas.

(Donoso Cortés, «Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo», publicado en julio de 1851. *Obras completas*, B.A.C., vol. II, págs. 450-451. Madrid, 1946.)

LA REVOLUCION LIBERAL EN ESPAÑA

JOSÉ M.^a ALSINA ROCA

La revolución liberal española fue la obra de una pequeña minoría aristocrática y conservadora, partidaria del «justo medio», que ni siquiera era liberal en sentido estricto. Enfrentados a la mayoría del país, que era tradicional, y acosados por la minoría radical progresista, esta aristocracia, ni siquiera era burguesa, sólo miraba y le preocupaba sus intereses, ambiciones y lo que podían pensar sus congéneres franceses o de las «potencias del norte».

El liberalismo español no hubiera triunfado sin el apoyo de los monárquicos fernandinos que no comprendieron el sentido de la guerra de la Independencia y, menos aún, la oposición que se levantó contra la política del trienio liberal, expresada en la Regencia de Urgel. Estos hombres, de los que Calomarde ha quedado como tipo representativo, realizaron su labor más deleznable durante la «década ominosa».

Llenos de contradicciones, como lo señala Donoso Cortés, su falta de realismo y su desarraigo popular no son más que la consecuencia de su propia utopía y del orgullo de quienes creen que «el justo medio» es, por definición la verdad que ha de complacer a todos. La realidad histórica desmintió siempre a esta pretensión de quienes, como señala Vicente Pou, creían que el carácter español había de medirse por el suyo propio.

Hoy en día se ha hecho tópico afirmar el carácter popular de las ideas revolucionarias. Se presenta el principio de la «soberanía del pueblo», como surgido de este mismo pueblo, que se le supone enfrentado a los usos y costumbres tradicionales. Esta afirmación es totalmente tergiversadora de la realidad histórica y el caso español es, más que ningún otro, revelador de esta falsedad hoy tan extendida. La revolución liberal en España no llegó como consecuencia de las exigencias populares, sino que, por el contrario, despreciando el sentir de este pueblo, le fue impuesto por parte de una minoría ilustrada y aristocrática, pedante y ciega para la realidad que tenía ante sus ojos. Fueron éstos quienes introdujeron en España la corrupción para ganarse unos adeptos que no sentían tampoco la causa del liberalismo.

El testimonio de los que asistieron a la implantación del régimen liberal, incluso el expuesto por sus propios defensores, resulta demostrativo del verdadero estado de cosas. El embajador inglés Villiers, que tuvo gran influencia en la política española por el apoyo que dio a Mendizábal, afirmaba en el año 1835 el carácter artificial y contrario a las aspiraciones del pueblo español de la revolución liberal que se estaba introduciendo en España.

«Todo lo que está ocurriendo —escribe Villiers a su hermano— les parece bien a los que están fuera del país, quizá también al observador superficial dentro de él; pero está hueco y podrido. Es como traje de oropel y la sonrisa forzada del comediante al que el espectador aplaude. Pero si pasara al otro lado del telón vería que todo ello es miserable, corrompido y deplorable... La gran masa del pueblo es honrada, pero es carlista; odian a los llamados del Gobierno liberal, instituciones liberales y hombres liberales porque saben por experiencia que de este estado de cosas se derivan peores resultados que de un solo déspota. El principal error que cometéis, tú y otros extranjeros, es creer que el pueblo español está esclavizado o tiranizado. No hay en Europa un pueblo tan libre; las instituciones municipales son republicanas; en ningún país existe tanta igualdad. El pueblo se rige por unas cuantas costumbres antiguas, le importan poco las Leyes y los Derechos Reales y hace más o menos lo que le apetece. No hay distinción de clase y todo está abierto a todos... Me refiero únicamente a la plebe; el resto —gentes de frac— están corrompidos, son egoístas, ignorantes y brutales y despóticamente tiránicos cuando están en el poder, y serviles e intrigantes hasta que acceden a él. El hombre no confía en el hombre, no tiene más objetivo que el dinero y todos los medios le parecen buenos para obtenerlo. No hay integridad ni patriotismo ni civismo. Sabiendo esto, como yo lo sé, puedes juzgar cuán repugnantes son los desengozados alardes de valor y patriotismo y qué pocas esperanzas hay de que esté próximo el momento en que sean una décima parte de lo que

pretenden ser... La gran mayoría es carlista y partidaria del rey absoluto.»

Durante el contradictorio reinado de Fernando VII, especialmente durante la época llamada por la historiografía liberal «la década ominosa», se preparará el ambiente propicio para que vaya penetrando en España la necesidad de una revolución liberal. El alejamiento de las esferas políticas de aquellos que más se habían significado por su lucha antiliberal durante el trienio 1820-1823, y por el contrario la presencia en puestos de responsabilidad política de aquellos hombres pertenecientes a los sectores que habían colaborado con la monarquía de José Bonaparte o habían mirado con simpatía incluso el gobierno liberal, hará surgir un enfrentamiento de la euforia popular hacia el monarca que se reflejará en los levantamientos realistas especialmente el de Cataluña conocido con el nombre de la **guerra dels agraviats**.

El ambiente y opinión que se había formado entre los sectores genuinamente realistas sobre la política dirigida por los ministros de Fernando VII, especialmente por Calomarde, queda reflejado en este fragmento del diario de Arias Tejeiro, personaje que tendrá gran importancia en la corte del Pretendiente durante la guerra carlista. Se refiere a la situación política durante los años 1828-1829, es decir, en plena «década ominosa», tan falsamente juzgada por los historiadores liberales como la época de la «reacción».

«¡Desgraciada nación! S. M. se empeña en sostener tales ministros, hombres que no sólo por su ignorancia, sino por un perverso plan trazado por las logias, llevan a la nación a su ruina. En efecto, nada más conocido. El gran objeto de la Cofradía moderada o camarillera ha sido agriar todos los ánimos y desquiciarlo todo, para que la revolución llegase a ser necesaria y no hallase oposición.»

El desmantelamiento de los cuerpos voluntarios realistas, obra de la política calomardiana, así como la Pragmática Sanción, prepararon y posibilitaron el definitivo cambio de rumbo de la política de Fernando VII. Es significativo que hacía ya dos años se hablase de un proyecto de modificación de las instituciones en armonía con las «luces» y el «carácter» de la nación. Los hechos revolucionarios franceses de julio de 1830

habían tenido un gran impacto en los medios liberales españoles. Arias Tejeiro en setiembre de este año anota en su Diario:

«¡Cuánto tiempo hace que estoy diciendo que lo temible es la revolución legal! Todos los pasos del Gobierno tienden a esto. Sus últimos nombramientos, su realismo de amalgama, su sistema y tendencia toda. Añádase a esto la influencia inglesa; y los tontos durmiendo, confiados en que la nación no quiere la revolución.»

A partir de 1832, lo que hasta entonces se había ido preparando, gracias al prestigio y confianza de que gozaba Calomarde en algunos medios realistas, va ser llevado a cabo con toda claridad y rapidez. La vida de Fernando VII se acaba y es necesario preparar el momento para asegurar la sucesión de Isabel II que, como se teme, no será aceptada por gran parte de la nación. La primera medida es la sustitución de los capitanes generales por otros que gocen de la confianza de los liberales. De igual modo se procede con los subdelegados de la policía y con la supresión de la Inspección General de voluntarios realistas. El decreto de amnistía, en la misma fecha en que se abrían las Universidades clausuradas desde el año 1830, denota que los que apoyan la sucesión Isabelina quieren alagar al sector liberal ante el apoyo popular que rodea a D. Carlos.

Donoso Cortés en su Historia de la Regencia de la Reina María Cristina, escrita durante el destierro de ésta, con el fin de preparar el ambiente para su retorno, comentaba estos hechos con estas significativas palabras:

«Parecióle a la Reina que daría buen principio a su gobierno y una gran muestra de su afición a los estudios de la sabiduría, mandando abrir las Universidades; y como lo pensó, así lo hizo tan luego que comenzó a gobernar llevando la fecha del 6 de octubre este Decreto memorable. Difícilmente conseguiría mi intento si quisiera describir el júbilo y entusiasmo con que recibía la nación este beneficio, el primero en el orden de los tiempos si no en el de su importancia que le dispensaba su Reina con mano generosa.

»...Levantáronse los poetas, e impuesto silencio a la muchedumbre, se adelantaron hacia el Trono pulsando las cuerdas de sus liras, esparciendo por los aires voces armoniosas y suavísimo cantos. Y la Reina, viendo esas muestras de

apasionada lealtad, parecía decir a los que la rodeaban, bañados también en lágrimas sus ojos: «¿No me habéis dicho que había aquí hombres revolucionarios y desleales? ¿Dónde está la deslealtad, dónde la revolución en España?» ¡Desventurada Reina! la revolución estaba ya en todas partes: fascinándote con sus ojos, empañándote con su aliento lleno de ponzoña, adormeciéndote con sus pérfidos halagos, estaba en la atmósfera que te rodeaba, en esas voces concertadas, en esos cantos suaves, armoniosos, en esas estrépiticas bendiciones y en esas frenéticas alegrías.

»El Decreto de amnistía —continúa Donoso Cortés— vino a abrir las puertas de España a las revoluciones. Yerran grandemente los que creen que cualquier tiempo es bueno para dispensar beneficios; que algunas veces se dispensan fuera de sazón con grave detrimento del Estado. Una amnistía general otorgada por un Gobierno fuerte después de asegurada su victoria, y cuando los tiempos corren prósperos y bonancibles, es una de aquellas providencias que bastan para honrar la memoria de los reyes, otorgada, empero, en tiempos revueltos y banderizos, y por quien tenía que resolver una cuestión dinástica y otra política antes de afirmar la corona en la cabeza, no podía traer en pos de sí sino lo que trajo para nosotros: catástrofes y desventuras.»

A partir de aquellos momentos y a pesar de que el moderantismo tendrá un papel importante en los momentos inmediatamente posteriores a la muerte de Fernando VII, el triunfo pertenecerá al sector más exaltado del liberalismo, es decir, a lo que se llamará el partido progresista. La influencia de las ideas ilustradas que habían ido penetrando en España, la ambición del poder y la ceguera política llevaron a distanciar cada vez más al Gobierno de la Regencia de María Cristina de la realidad del pueblo español. Los aliados del momento del partido moderado, se convertirán muy pronto en sus enemigos y el ropaje artificioso y falsamente tradicional con que se quiere vestir aquel edificio revolucionario, nos referimos al Estatuto Real, solamente encontrará un pequeño eco en aquellos sectores que creen que podrán mantener su posición cortesana dentro de una monarquía de corte revolucionaria, imagen de la monarquía orleanista que se había instalado en Francia con Luis Felipe.

A los hombres, que durante el reinado de Fernando VII habían preparado la tarea revolucio-

naria, como lo señala Arias Tejeiro y que miraban con desprecio las instituciones tradicionales y al mismo pueblo, las corresponde el haber creado el cuerpo de policía, desconocido hasta entonces por los españoles, haber introducido la corrupción y parcialidad en los destinos públicos y, lo que es altamente significativo auténticos y su sustitución por otros que, como el general Llauder podían alegar en 1834 «los importantes servicios prestados a la causa liberal mientras servía a la monarquía absoluta» como inspector del ejército y en otros destinos».

Por esta razón, los hombres del «justo medio» no encontraron después de la década ominosa ningún respaldo popular para poderse sostener contra sus aliados de ayer, cómo lo sintetiza Vicente Pou: «Se esfuerzan en sostener vanamente el estado del justo medio, en que tan bien se hallan a costa de vencedores y vencidos, como si la revolución debiera hacerse exclusivamente en su provincia. Quieren, después de haberla empujado, que se detenga en el umbral de sus puertas.»

Describe Vicente Pou la debilidad de los cristinos liberales desde que la turba de republicanos y demagogos a la que despertaron con el grito mágico de la libertad, los ha abandonado en medio de la carrera, impacientes por llegar al término del furor revolucionario que ellos habían desencadenado. La composición de estas fuerzas cristiano-liberales la describe Pou en estos términos: «**Empleados y pretendientes ávidos de fortuna; literatos sin prudencia que confunden la idea de gobernar los pueblos constituidos con la fantasía de crear Constituciones para naciones imaginarias, políticos cosmopolitas únicamente extranjeros a las ideas y sentimientos de la nación que les dio el ser; egoístas sin patria que todo lo sacrifican a su propio interés; agiotistas de bolsa que hallan el medio de aumentar sus riquezas en los vaivenes y trastornos de un Gobierno fluctuante y transitorio; jóvenes sin carrera que en los cambios sucesivos esperan entrar por el atajo y lucir las primeras plazas; hombres ilustres y poderosos por su cuna y sus grandes posesiones, pero sin capacidad, sin mérito personal, y sin costumbres para conservar la influencia que les diera naturalmente aquellos antecedentes, teólogos jansenistas prontos siempre a ensayar en la Iglesia los planes que sus compañeros plantean al Estado.**»

El carácter de los españoles no podía avenirse con el partido del «justo medio». Su corazón —es-

cribe Pou— grande en todos conceptos no puede contentarse con la mitad del bien ni con la mitad del mal y no para hasta disfrutar el uno o el otro por entero. Es importante subrayar el carácter «selecto» de los partidarios isabelinos. Repetidamente los políticos de la situación, para satisfacer y apaciguar a los Gobiernos europeos contraponían las fuerzas sociales que apoyaban al trono isabelino frente a los del Pretendiente D. Carlos. Así se expresaba Nicolás Garely ante el Estamento de Próceres en 1835:

«Si D. Carlos reinase en España, ésta volvería en breve a los siglos bárbaros. Porque, ¿quiénes serían los que se apoderarían de las riendas del Estado? Las dos clases peores y más perjudiciales de la sociedad, a saber, la teocrática ínfima, poco ilustrada, y la proletaria; las dos que tienen menos interés en la verdadera felicidad de la nación; porque las más cultas, las más poderosas, todas ellas, con rarísimas excepciones, se han pronunciado por nuestra Reina y Señora Doña Isabel. Volvamos sino la vista a este mismo Estamento de Próceres y en él veremos lo más esclarecido de España, por las armas, por las letras, por la nobleza.»

De igual modo, en el mismo año, Martínez de la Rosa, en las instrucciones cursadas para tranquilizar a las potencias del norte y solicitando el reconocimiento al trono de Doña Isabel afirmaba el carácter conservador, y de orden que suponía su Gobierno, repretado por las clases «elevadas y ricas».

Pero las pretensiones de paz y orden, características del partido conservador, se verían pronto desmentidas por la misma realidad. En julio, pocos meses después de estas declaraciones ocurría la matanza de religiosos en Madrid y durante el año siguiente se extendía por distintas ciudades de España. La guerra carlista va tomando mayor auge, las sublevaciones de carácter liberal se multiplican, los progresistas entran a formar parte del Gobierno, se decreta el restamiento de la Prágmática de Carlos III contra los jesuitas y, como final de una serie de acontecimientos revolucionarios, un pronunciamiento de sargentos en La Granja termina con el Estatuto Real y se restablece la Constitución de 1812.

El hecho determinante para asentar la revolución liberal en España se puso en marcha con la desamortización tanto de los bienes eclesiásticos

como civiles. Aunque se encubriera bajo fines hacendísticos o de reactivación económica, pretensión que ya la historia ha juzgado como falsa, la desamortización persiguió principalmente un objetivo político: crear unos intereses que vincularan definitivamente al sistema liberal a aquellas clases sociales que se enriquecieron mediante dicha desamortización. Estas clases sociales no fueron las clases humildes sino aquellas que ya tenían un poder económico en la época anterior y que habían tenido un papel preponderante en el inicio de la revolución liberal dirigida por el partido moderado. Estos «intereses creados» cortarían definitivamente el camino de «marcha atrás» ante los excesos de la revolución y hacían imposible la alianza con los partidarios de D. Carlos como reacción a estos excesos. Se imposibilitaba así cualquier veleidad política derechista del partido moderado.

Lo que hemos querido decir, lo podemos resumir de este modo. Las características de la revolución española, heredera de las ideas del enciclopedismo y de la Ilustración francesa, que tuvo gran influencia en algunos ministros del reinado de Carlos III, tuvo sus momentos más álgidos en 1812 con la Constitución de Cádiz y durante el trienio liberal de 1820-1823. Pero se asentó y se pusieron las bases de su futuro desarrollo durante la época que los historiadores liberales han llamado la década ominosa o absolutista que siguió al trienio liberal. Los hombres y los hechos que prevalecieron durante esta fase del reinado de Fernando VII fueron los que realmente prepararon e hicieron posible el triunfo de la revolución liberal.

En esta época se puso de manifiesto que la revolución liberal española tenía un carácter marcadamente aristocrático, y más adelante tuvo que crear intereses económicos hasta entonces inexistentes para posibilitar su permanencia política ante su total falta de arraigo popular. Por ello mismo encontró una tenaz resistencia entre el pueblo que Vicente Pou caracteriza en estos términos:

«El carácter y sentimiento del pueblo español explicados por los hechos en todos los tiempos y vicisitudes, en los grandes sucesos y en circunstancias extraordinarias vienen en apoyo de estas mismas conjeturas. Piadosamente tenaces los españoles en su Religión, en sus costumbres y hábito, en sus leyes, instituciones y antiguas formas; profundos en sus convicciones, y tan remirados

en empeñare como decididos y resueltos en los empeños una vez tomados, muy difícilmente se dejan abordar por nuevas y peregrinas teorías; su espíritu nacional de país y de familia, prevalece al de un mezquino egoísmo, y estrechamente unidos por unos mismos principios religiosos y políticos, por grandes y comunes intereses, y por un sentimiento heroico que les inspira la salvación de la patria a costa de todo sacrificio, sufren con paciencia, resisten con firmeza, y esperan re-

signados el momento propicio aunque deban llegar la esperanza a sus hijos y a sus nietos, porque saben por repetidas experiencias que ésta, aunque se difiera, nunca les ha engañado... El verdadero pueblo español, que en último resultado decide en las grandes crisis, no es el que vocea en las plazas y teatros, o se reúne en los salones y tertulias patrióticas de algunas ciudades populosas, sino el que atento a sus deberes se halla diseminado en toda la superficie de la península.»

SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS (III)

M. M. DOMENECH I.

Fray Tomás: —¿En qué estás pensando, hijo?

Discípulo: —En lo que habría que hacer para poner al día toda su obra.

F. — Ya sabes que esto es muy peligroso. Muchos lo han intentado y acabaron interpretándome mal. Lo peor es el daño que han hecho, no a mí que ya no pueden hacerme ninguno, sino a los hombres aún morales, que no han podido beneficiarse de mi doctrina porque me atribuyen los errores de mis malos intérpretes.

D. — Precisamente por eso estoy pensando en hacerlo de una manera diferente. A mi entender lo único que hay que poner al día es la visión cosmológica medieval que usted tenía. Yo reescribiría toda su obra, sin tocar absolutamente nada de su teología ni de su filosofía, pero traduciría todas las alusiones cosmológicas en términos de una nueva cosmología.

F. — Aun así podrías caer en el error de muchos. Lo que se entiende normalmente por nueva cosmología es una interpretación evolucionista y materialista del universo que degenera siempre en el panteísmo, y nada está tan lejos de mi teología como eso.

D. — Deje que me explique, porque en el fondo la nueva cosmología a que me refiero es formalmente idéntica a la suya. Lo único que cambiaría es su expresión material concreta. Hoy podemos conocer mejor nuestro universo material porque hemos tenido más tiempo para explorarlo, y aunque esto se ha hecho ordinariamente con ignorancia filosófica y hasta con mala intención, se pueden aprovechar los datos aportados por la investigación científica.

Por lo que he podido averiguar su concepción cosmológica medieval puede resumirse en estos puntos:

1.º El universo tiene una simetría esférica en cuyo centro se sitúa la tierra, primer elemento, como en su lugar propio, al que tiende como para conseguir la perfección de su forma. Concéntricamente a la tierra se van situando los demás elementos, agua, aire y fuego, que como más activo ocupa un lugar más elevado. Completamos así la región sublunar, donde los elementos constituidos por cualidades contrarias están sujetos al cambio sustancial. Más allá de la Luna entramos en las esferas celestes, cuyos cuerpos, aunque constituidos de materia y forma, sólo están sujetos al movimiento local ya que su forma colma completamente a su materia.

2.º El movimiento de los cielos es debido a sustancias intelectuales, porque los giros no pueden ser debidos a nada corpóreo ya que con ellos no se alcanza ninguna perfección corporal, sino sólo el ser causa del movimiento en los seres inferiores, con lo que se asemejan a Dios en el causar, y se completa la generación de los elegidos que han de glorificar eternamente a Dios junto a los coros angélicos.

Pues bien, hoy día sabemos que el universo no tiene esa simetría esférica y que los mismos elementos están por todas partes sin tender a un lugar propio. Sin embargo podemos distinguir dos causas diferentes de movimiento: una, las fuerzas corporales y otra, la causa de la inercia. De las fuerzas corporales resulta siempre un cambio corporal que se puede interpretar como una tendencia a un mejoramiento ontológico o una resistencia a perder el ser. En cambio los movimientos llamados de inercia, no pueden explicarse así y exigen filosóficamente la acción de una sustancia inteligente por las mismas razones que usted atribuía a las sustancias separadas el movimiento celeste.

En resumen, se puede decir que cabría traducir sus obras sustituyendo sus términos «movimiento celeste» por «movimiento inercial», y «tendencia al lugar propio» por «tendencia a una forma mejor». Simplemente así, quedaría puesta al día su obra.

Voy a ponerle un ejemplo. En el cap. XXIII del tercer libro de su Suma Contra Los Gentiles, usted escribía, entre otras razones para demostrar que el movimiento celeste obedece a un principio inteligente: «Si el principio del movimiento celeste es sólo la naturaleza, sin aprehensión alguna, tal principio tendría que ser la forma del cuerpo celeste, como pasa entre los elementos; pues aunque las formas simples no sean motores, son, no obstante, principios de movimientos, porque tras ellas siguen los movimientos naturales como todas las demás propiedades naturales. Pero es imposible que el movimiento celeste siga a la forma del cuerpo celeste como un principio activo. Pues la forma es principio del movimiento local cuando a un cuerpo le corresponde por ella tal lugar, hacia el cual se mueve en virtud de que su forma tiende a él; y entonces, como lo engendra, la forma se llama motor, como vemos que el fuego tiende hacia arriba en virtud de su for-

ma. Más por razón de la forma, no corresponde al cuerpo celeste el estar en este lugar o en aquel. Luego el principio del movimiento celeste no es sólo la naturaleza. En consecuencia, el principio de su movimiento deberá ser algo que mueva por aprehensión».

Pues bien, este texto podría traducirse así: «Si el principio del movimiento inercial fuera sólo la naturaleza, sin aprehensión alguna, tal principio tendría que ser alguna forma, como pasa entre los elementos; pues aunque las formas de las sustancias químicas no sean motores, son, no obstante, principios de movimientos, porque tras ellas siguen los movimientos naturales, como todas las demás propiedades naturales. Pero es imposible que el movimiento inercial siga a una forma como a un principio activo. Pues la forma es principio del movimiento local cuando a la parte de un cuerpo le corresponde por ella tal lugar relativo a las demás partes, hacia el cual se mueve en virtud de que por la forma tiende a él; y entonces, como lo engendra, la forma se llama motor, como vemos que la parte de hidrógeno tiende a situarse a 0,965 Angstrom de la parte de oxígeno en virtud de la forma del agua. Más por razón de una forma, no corresponde a lo que se mueve inercialmente el estar en éste o en aquel lugar. Luego el principio del movimiento inercial no es sólo la naturaleza. En consecuencia el principio de este movimiento deberá ser algo que mueva por aprehensión». ¿Qué le parece?

F. — Que esta manera de pensar puede hacer mucho bien.

D. — Pero resulta difícil de entender. A casi nadie le interesan a la vez la verdadera filosofía, las matemáticas y la física. Además los hombres, víctimas de la dialéctica, se pasan la vida discutiendo y todos vamos tras el dinero, esclavos de nuestras pasiones. El mundo ya no merece conocer la verdad.

F. — Es lamentable que digas eso. ¿Has olvidado que Nuestro Señor, que es el camino la verdad y la vida, a pesar de nuestros pecados, se encarnó y se manifestó a todos?

(entonces me desperté)

EL PENSAMIENTO ANTILIBERAL DE SARDÁ Y SALVANY

NARCISO TORRES RIERA

Definición del liberalismo

«Cada cosa es lo que es», así escribe Sardá y Salvany en su libro «El liberalismo es Pecado». El liberalismo en sus distintas fases y aplicaciones es siempre la rebeldía del hombre frente a Dios. «Es la emancipación social de la ley cristiana, o sea el naturalismo político». Tal rebeldía implica la consciente ceguera de unos hombres, que en su manifiesto orgullo se empeñan en permanecer en las tinieblas del pecado arrastrando a él a quienes caen en sus pérfidas redes. El liberalismo es la divinización del hombre, quien subyuga la fe a su capricho y gusto particular.

Intransigencia católica frente al liberalismo

Frente al liberalismo el católico tiene el deber y obligación de ser intolerante, pues —continúa Sardá y Salvany— «la suma intransigencia católica es la suma católica caridad. Lo es en orden al prójimo por su propio bien, cuando por su propio bien le confunde y sonroja y ofende y castiga. Lo es en orden al bien ajeno, cuando por librar a los prójimos del contagio de un error desenmascara a sus autores y fautores, los llama con sus verdaderos nombres de malos y malvados, los hace aborrecibles y despreciables como deben ser, los denuncia a la execración común, y si es posible, al celo de la fuerza social de reprimirlos y castigarlos. Lo es finalmente en orden a Dios cuando por su gloria y por su servicio se hace necesario prescindir de todas las consideraciones, saltar todas las vallas, lastimar todos los respetos, herir todos los intereses, exponer la propia vida y la de los que sea preciso para tan alto fin.»

No se puede colaborar con los liberales

Antes morir que pecar, pues el pecado es algo mil veces peor que la muerte. El pecado es una

ofensa a Dios, nuestro creador y señor. El pecado nos priva de la gracia divina y tal privación nos hace merecedores de las penas eternas del infierno. Queremos ir al cielo y ver a Dios cara a cara, lo cual nunca puede ser factible colaborando y transigiendo con las doctrinas liberales, u otras doctrinas de semejante índole. Ni siquiera es aceptable una caritativa colaboración en su favor, pues uno se hace cómplice del pecado al permitir la propagación del mal, hasta tal punto que incluso « es complicidad celebrar fiestas cívicas o religiosas por actos notoriamente liberales o revolucionarios; asistir voluntariamente a dichas fiestas; celebrar exequias patrióticas que tienen más de significación revolucionaria que de sufragio cristiano; pronunciar discursos fúnebres en elogio de difuntos notoriamente liberales; adornar con coronas y cintas sus sepulcros».

Urgencia de luchar contra el liberalismo

El liberalismo debido a su inspiración satánica no cesa en su premeditado plan de querer hundir la nave de la Iglesia católica, y para ello los liberales se reúnen en asociaciones, fundan periódicos, abren escuelas, hacen constituciones para someter bajo su mezquina autoridad no sólo a los católicos, sino a sus bienes, sus libertades, su magisterio, su enseñanza oficial o privada, y en definitiva a su vida, pues sucumbir a una tal esclavitud es en cierto modo morir. Por ello, y «siendo el problema actual, en que anda revuelto el mundo, brutalmente práctico en toda la propiedad del adverbio subrayado», el católico —continúa Sardá—, para no sucumbir a una tan gran ignominia tiene la urgencia de «oponer a la pluma, la pluma; a la lengua, la lengua; pero principalmente al trabajo, el trabajo; a la acción, la acción; al partido, el partido; a la política, la política; a la espada (en ocasiones dadas), la espada».

La política debe subyugarse a la Religión y no al revés

La persona liberal acaricia con expresa avaricia el ideal nefasto, en países de auténtica, real y tradicional mayoría católica, de separación entre la Iglesia y el poder político, alegando hipócritamente la frase evangélica «a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César», como si todo cuanto es o representa el César no fuese de Dios y por Dios. «Política y religión, dice Sardá y Salvany, en su sentido más elevado y metafísico, no son ideas opuestas ni aún separadas; al revés, la primera se contiene en la segunda, como la parte se contiene en el todo, o como la rama se contiene en el árbol. La política, o sea el arte de gobernar a los pueblos, no es más, en su parte moral, que la aplicación de los grandes principios de la Religión al ordenamiento de la sociedad por los debidos medios a su debido fin... la política es una parte muy importante de la Religión, porque es o debe ser sencillamente una aplicación en grande escala de los principios y de las reglas que dicta para las cosas humanas la Religión, que en su inmensa esfera las abarca todas». Es patente que para el Estado laico o liberal no hay ni bien ni mal, sino que las cosas o son útiles o son inútiles, y en consecuencia nunca puede haber Justicia en su sentido más verdadero.

España, País de eterna Cruzada

Para Sardá y Salvany España es y será un «país de eterna Cruzada» en lucha constante contra los enemigos de la fe católica, hasta tal punto que «desde San Hermenegildo hasta la guerra de la Independencia y más acá la defensa armada de la fe católica es un hecho poco menos que canonizado». Es un hecho que sólo quienes falsean la historia de España con intencionada ignorancia u omisión olvidan que: «creación oficial han sido aquí todas las llamadas exigencias de la época; oficialmente se ha implantado aquí la REVOLUCION; oficialmente y con el presupuesto se la ha mantenido; acampada como un ejército invasor vive sobre nuestro suelo, y a costa de él su burocracia, que es la única que explota sus beneficios».

Imposición de las Constituciones liberales

Los liberales pregonan como una petición de

principio la «Soberanía del Pueblo», es decir, en vez de dar culto a Dios, para el liberal se debe dar culto al Hombre por el hombre, pero es evidente que —como dice Sardá— «las mismas elecciones que se pregonan como el acto más sagrado e inviolable de los pueblos libres, no es un secreto para nadie que nos las da siempre hechas a su imagen y semejanza el ministro de la Gobernación».

Inflexibilidad de la tesis católica

Tanto los que por centrismo «que no es más que una mutilación de aquellos derechos de Dios en aras de una falsa concordia entre El y sus enemigos», como los que con extremismos indebidos adoptan una tesis revolucionaria «que es el falso derecho que pretende tener la sociedad a vivir por sí sola y sin sujeción alguna a Dios, a su fe, y en completa emancipación de todo poder que no proceda de ella misma», van en contra de la Iglesia Católica, cuya tesis, en sí misma extremadamente inflexible, «es el derecho que tienen Dios y el Evangelio a REINAR exclusivamente en la esfera social, y el deber que tienen todos los órdenes de la esfera social de estar sujetos a Dios y al Evangelio».

La gran responsabilidad actual

Como muy bien se ha dicho respecto a la fe «servir es reinar» y en este sentido todo cuanto se haga al servicio de la fe servirá no sólo para honrar mejor a nuestro único Dios, sino también para el mejor bienestar del género humano. «Sólo la Verdad nos hará libres» y es una verdad que tanto el «el liberalismo, como el socialismo y el comunismo (como dice León XIII en su encíclica *Diuturnum*) son la MUERTE DE LA SOCIEDAD», por eso Sardá y Salvany termina su libro diciendo: «¡Gran responsabilidad alcanzará ante Dios y ante la patria a los que de palabra o de hecho, por directa comisión o por simple omisión, se hayan hecho cómplices de esta horrible celada, por la cual con falsas excusas de mal menor y de hipotéticas circunstancias, no se logra otra cosa que anular los esfuerzos de los que sostienen ser aún posible para España la íntegra SOBERANÍA SOCIAL DE DIOS, y ayudar a los que pretenden llegue a ser un día absoluta en ella la soberanía del demonio!»

¿ES PECADO EL LIBERALISMO?

RAMÓN GELPÍ SABATER

Hace poco más de un siglo, un prestigioso sacerdote de la ciudad de Vic, Sardá y Salvany, escribía un curioso y documentado libro titulado «El Liberalismo es pecado», que tal vez algunos de nuestros lectores ya conozcan.

Este libro, naturalmente, estaba escrito para su tiempo; y este su tiempo era precisamente en el que el relajamiento y acomodación de algunos católicos había creado la imagen del «Católico liberal» que, aceptando los principios de la Revolución en forma más o menos mitigada, trataba de «asimilar» la Doctrina de la Iglesia a tales principios.

No vamos a entrar en detalles ni a juzgar la obrita de Sardá y Salvany; simplemente la citamos y la usamos como tema para el título de este mucho más modesto artículo. Pero la pregunta sí la queremos plantear: ¿Es pecado el Liberalismo? Porque hoy, en nuestros días, cuando ya algunos católicos están en la fase de acomodación de las doctrinas marxistas, parece que al hablar de Liberalismo se toca algo ya trasnochado. Hoy día los liberales son «acusados» de «derechistas».

Entonces tal vez pudiera parecer más lógico preguntar: ¿Es pecado el Comunismo? ¿Es pecado el Socialismo? El Papa, ante la colaboración de ciertos católicos italianos con el Partido Comunista, ha insistido repetidamente en la incompatibilidad del Magisterio de la Iglesia con la doctrina y la praxis marxistas. ¿Es, pues, el Comunismo hoy, para los católicos, lo que fue el Liberalismo en tiempos de Sardá y Salvany? ¿Se pueden usar por tanto hoy argumentos de tipo liberal para defender el Cristianismo ante los evidentes progresos del Comunismo?

Ciertamente que al Comunismo lo podemos situar hoy como «mal mayor», que es preciso evitar por todos los medios moralmente aceptables (y nótese que decimos «moralmente aceptables»). El Comunismo es, como todo el mundo sabe, ateo; es algo más que esto, es anti-Teo, se rebela contra el orden natural creado por Dios y contra su orden moral y espiritual y pretende crear un orden nuevo basado en la evolución y en sus «reglas del juego» de origen hegeliano. Su llamada «regla de

contrarios»* se aplica en todos los órdenes y funciona como una ley de orden superior que rige la Naturaleza, la Ciencia, la Moral, etc. Tampoco nos vamos a detener aquí en analizar estas reglas que constituyen la base filosófica de la llamada «Revolución permanente» y demás expresiones ya conocidas por nuestros lectores, pero sí queremos hacer hincapié en la importancia que tienen estos principios en su orientación y enfrentarse a Dios y a su Creación y a su Providencia.

Sí, lo peor del Comunismo no es su Doctrina Social, consecuencia lógica y natural de su base filosófica, no es su praxis y su «astucia dialéctica», como llaman ellos a su forma descarada de mentir, o su moral, inmoral, basada en los mismos principios; lo peor del Comunismo son estos mismos principios enfrentados a toda Providencia Divina y a toda idea de Religión y sin los cuales el Comunismo no sería tal.

Pero esto, que con mayor o menor claridad es observado por bastantes católicos, ha creado en nuestros días una paradójica situación. El enemigo de hace 100 años es hoy considerado por muchos como amigo, o por lo menos aliado: El Liberalismo.

Se ataca al marxismo con argumentos netamente liberales: La verdad y el error tienen los mismos derechos. Y, claro está, la «Verdad marxista» no puede tener la exclusiva; ha de convivir con el «error» Cristiano y otros errores intermedios que constituyen la amplia gama de matices del Liberalismo. Los comunistas, naturalmente no lo aceptan, ellos «poseen la verdad»; pero a veces «condescienden» por motivos tácticos y porque su moral no excluye la mentira cuando les beneficia, y entonces este argumento liberal se vuelve contra el Cristianismo que sí posee la verdad: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», dijo Jesucristo de forma clara e inequívoca.

El Liberalismo es también anticristiano, no nos engañemos; su filosofía materialista es también atea y si «tolera» (y sólo hasta cierto punto, como sabemos muy bien) al Cristianismo es solamente para no contradecir, al menos formalmente, su condición liberal. La Sociedad Liberal que priva

en Occidente no es sino los restos de la Sociedad Cristiana, la Cristiandad, que apostató de su confesionalidad, de su Fe, tras el triunfo de la Revolución Francesa y su implantación en Europa. Esta ideología, como todo el mundo sabe, se impuso por la violencia (en nombre de la Libertad, eso sí...), atropellando a la Iglesia Católica, y se manchó las manos de sangre, salvando las distancias en tiempo y lugar, de igual forma si cabe que la Revolución Comunista. Y uno, ante ello, y viendo esta pretendida incompatibilidad entre la Sociedad Liberal y la Comunista, no puede menos que preguntarse: ¿Pero es que acaso la Revolución no es una?

Ciertamente los comunistas harán que nuestros hijos pierdan la Fe en sus escuelas con su machacona propaganda atea (los comunistas son sin duda unos magníficos publicistas), pero ¿acaso no la pierden también de grado o por fuerza en nombre del Liberalismo en este Occidente amoral

cuando no inmoral? ¿Acaso no pierden también y por añadidura el pudor, el respeto a la Familia y a la Autoridad (que procede de Dios) y hasta su propia libertad en un mundo que no reconoce reglas ni moral y que concede iguales derechos al error que a la verdad?

No, no pactemos con la Revolución Liberal ni siquiera para defendernos del Comunismo; la Revolución es siempre anticristiana y no nos salvará y, además, la experiencia demuestra bien claramente que la Revolución Liberal no ha sido sino la antesala de la Comunista, consecuencia lógica de la inestabilidad de aquélla.

Para los católicos la Revolución es una, se llame con los nombres que quiera, y de ella jamás saldrá bien alguno para la Cristiandad.

* Ver *Principios fundamentales del Marxismo-Leninismo*, de B. Ortoneda; Editorial Católica.

LA IGLESIA DEL SILENCIO EN CHILE

Viene de la página 264

noble, calumniosa y mendaz contra Pinochet, al cual, de otra parte, habiendo salvado a su Patria y a sus vecinos en lo esencial, difícilmente se le puede exigir lo imposible. Las contrarrevoluciones no se realizan —utilicemos la ironía— con «ursulinas», y los choques son choques. Pero hay que mirar las cosas elevadamente.

Lo que es extraño es que esta orquestración haya tenido la habilidad de engañar una vez más a tanta gente buena, pero boba. (Ya nuestra genial Santa Teresa rogaba para que las buenas almas no fueran bobas). Y en el engaño, haya arrastrado a gran parte de Jerarquía y pastores cuya ingenuidad es tan grande, como corta su inteligencia. Los buenos cristianos, en Chile, se

hallan en la paradójica situación, en no pocas diócesis, de que han de adoptar la táctica de la «Iglesia del silencio», frenando, ya que no pueden hacer otra cosa, con su resistencia pasiva, el incomprensible error de muchos de sus pastores que se empeñan en hacer imposible el régimen de Pinochet que, aparte de cuantos defectos pueda tener, como humano que es —y habida cuenta las enormes dificultades y triste herencia que ha tenido que superar—, en definitiva ha salvado las esencias cristianas y civilizadoras del amado Chile, nuestro país hermano, y quizá de gran parte de Ibero-América.

L. C.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

LIX

SIGUEN LAS CONSIDERACIONES SOBRE LA GRAN SUBVERSION Y LA NUEVA IDEA-FUERZA : CRISTO REY

¡Necesitamos un hombre!

Gustemos la última expresión de nuestro anterior artículo: ¡Dios tiene Corazón, y Corazón de hombre, como el nuestro!

En los primeros siglos de la Iglesia, Satán —a quien Dios permite «zarandearla»—, las grandes herejías pueden condensarse en dos: una que en definitiva negaba la divinidad, y la otra la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Mas todo esto quedó ya superado: quizá pocas veces haya tenido mayor victoria la Iglesia. Tanto, que quizá no se ha enfrentado luego con herejías tan profundas hasta llegar a las de la hora presente, que, diabólicamente, las resumen y sintetizan a todas.

Cuanto vamos a decir ahora, nada tiene que ver con ellas: pero por prudencia hemos querido hacerla una referencia.

Porque queremos señalar que quizá, hasta ahora, ante la entrega, la adoración, el amor que nos exige la figura de Jesucristo y que ha originado divinas cataratas de santidad, quizá se ha producido el hecho de que nos fijásemos más en nuestro Jesús en su naturaleza divina que en la humana. ¿No es natural, de otra parte? ¿No es infinitamente más Dios que el hombre? Pues bien. También en este terreno vamos a reivindicar la victoria para nuestro Señor Jesús. Precisamente cuando ahora la Humanidad, en su Apostasía, en su negación de Dios —«¡Dios ha muerto!»— pretende ser cada vez más antropocéntrica y prefiere siempre ver al hombre.

¿Y qué hombre ha habido como El? Aun y cuando no hubiera sido Dios: ¿cabría hallar, a lo largo de toda la Historia, una figura humana semejante?

Y es este apasionante «antropocentrismo» el que hace que, por instinto, dirijamos nuestras miradas a Jesús Hombre. Quizá en medio de tantas aberraciones como hoy observamos, incluso en nuestros medios de difusión —prensa, radio, cine, tele—, estas imágenes borrosas, casi siempre equívocas, lamentables, que nos llegan (apartemos de nuestro recuerdo las blasfemas), tal vez tengan un fondo, como alguien ha hecho observar, de una añoranza hacia su adorable Figura. Quizás es prueba de que se la echa de menos!

Proclamémoslos bien alto. ¡Sí! Jesús Hombre —no en vano se hizo tal— y «habitó entre nosotros», nos atrae. Y, en cierto modo, digámoslo en confiada confesión: ¿no es esto propio de nuestra condición humana? Es innegable que parece más a nuestro alcance Jesús-Hombre, visible, paciente, amable, Rey y Señor nuestro, que Dios en su infinita majestad invisible. Y así, llenos de miseria, de indignancia, de degradaciones, a punto de perecer, vemos al Hombre. Al Único que puede salvarnos. Y le tendemos los brazos.

Porque este hombre tiene, y nos lo muestra abiertamente, corazón

El mayor Corazón de la Historia. El Hombre —el Jesucristo histórico, que vivió y padeció— nos atrae por encima de todos los demás hombres de todos los tiempos y nada tiene de extraño que nos enseñe tan abiertamente su Corazón. Que le llevó a dar su vida por nosotros, a redimirnos, porque nos amó primero.

Fuente de su Amor. Y remarquémoslo. Jamás nadie en el mundo, se ha sentido arrastrado por un político, por un jefe, por un capitán, sólo por sus talentos. No. Todos los que han sabido arrastrar a los demás, en una forma u otra —siquiera falsamente— lo han hecho por corazonadas, unas veces sinceras, otras no. Pero usando de ellas.

Tal es, infinitamente mayor, el secreto de Cristo Jesús. Y es el que, aun y habiéndolo expresado tan claramente cuando quiso que el soldado le abriese el costado para que su Corazón traspasado nos diese todos sus últimos e infinitos tesoros de sangre, esto es, de amor y de agua, esto es, gracia, quiso que, en lo que podemos decir plenamente su conocimiento integral quedase reservado a estos nuestros últimos tiempos. «Misereor super turbam»!! Y de un modo especial ahora: cuando en nuestra máxima miseria más le necesitamos.

Ya no nos llamaremos más «turba» si somos fieles a la salvación que se nos ofrece. Vemos mejor a nuestro Salvador, Dios, Jefe y Hombre. Y como que, según hemos dicho, en definitiva, lo que hace al hombre es su corazón, símbolo y síntesis de su persona,

nosotros, hombres afligidos de esta triste actualidad, conocemos más deleitablemente que nunca a Quien es Camino, Verdad y Vida. Y gustamos la humanidad de Cristo amable, sin límites, en esta admirable Síntesis que es su Corazón, divino Motor. Como decíamos en nuestro anterior artículo, ¡he aquí el descubrimiento mayor de todos, en estos tiempos de grandes hallazgos hasta científicos y cósmicos! Helo aquí: *que Dios tiene corazón*. ¡Oh, si comprendiésemos bien esto! «¡Si conociésemos el Don de Dios!» (Juan 4-10).

Un corazón, mediador de mediadores

Gustemos este pensamiento, tan piadoso como agudo. Cristo ha sido nuestro Mediador. Si obtuvimos el Perdón de Dios Padre y la devoción de su gracia, no fue por ningún mérito nuestro, sino por los de su Hijo. No tenemos otro derecho ni título para volver a ser sus amados (¿somos, siquiera, amables?), sino a causa de que nos ve a nosotros, viles y pecadores, a través de El.

Pero, ¿qué podía, a su vez, mover a Jesucristo, Nuestro Señor, a hacer cuanto hizo en favor nuestro? Incluso humanamente, ¿cómo podía sentir humanamente también el ser hermano nuestro? El sólo tuvo a Dios por Padre, y a la siempre bendita Virgen María purísima por Madre, Mujer, Obra maestra de Dios, surgida en medio de la triste y degradada Humanidad como gentil milagro, Flor pura e inmaculada nacida en medio de la misma miseria. Ni como Dios, ni como Hombre, podía tener amor natural ni sentir la menor solidaridad hacia nuestra triste raza, la de Adán caído.

Nos atreveríamos, esperando perdón para nuestra audacia piadosa, adivinar que hemos tenido un Segundo Mediador nuestro. Sin éste, ni a Jesucristo mismo comprendemos. Porque, ante El, el Hombre maravilloso, no podíamos soñar acercarnos ni con el menor título. Y Hombre-Dios, lleno de méritos y perfecciones infinitas.

Y este Mediador: este, digámoslo, algo como Segundo Mediador, promotor de todo, no podía ser, y no fue otro que el propio Corazón de Jesucristo, el que le movió a su infinita e inexplicable misericordia. ¡Porque Jesucristo, porque Dios tiene Corazón!

Ante la absoluta ausencia de remedios naturales...

Nosotros, en nuestro orgullo, olvidamos lo que este Corazón divino sabe de nosotros. Que el natural castigo que nos aportan nuestras culpas nos hará sentir: que ya en el pecado comenzamos a llevar la terrible penitencia, cuales son estos tremendos castigos que nos afligen, el más típico de ellos —por visible y espectacular—, es por ejemplo, el de la guerra atómica.

No se nos llame «profetas de desgracia»: decimos una verdad. Humanamente hablando —no se trata de «complejos apocalípticos»—, no tenemos remedio. Creer que por el camino que lleva la Humanidad no va al desastre, es no tener sentido común. Es soñar. Seamos realistas.

Por tanto, ante la absoluta ausencia de remedios naturales, recurramos a los sobrenaturales, los únicos que nos restan. Si nos hallamos ante una inundación, donde un Niágara centuplicado se nos echa encima, arrollándolo todo: ¿no seremos locos si no confesamos que creemos más en la humilde oración de una pobre vieja que en la actuación de los mejores ingenieros, impotentes para improvisar siquiera la construcción de un dique protector? Y es que cuando fallan, sin apelación, los medios naturales, sólo queda un recurso para aquellos a quienes no ciega un fatuo orgullo: Dios. Y así nos lo enseñaría la infalible sabiduría de los humildes.

Y es ahora, gustémoslo, repitémoslo una vez más, en estos tiempos modernos, trágicos y miserables como nunca, cuando nuestro Señor Jesús —y precisamente, en revelaciones dulces y consoladoras, privadas y piadosas— nos quiso dar a comprender mejor que antes no lo expresara, si cabe: que hay una solución para todo.

¡Qué Jesucristo, que Dios tiene Corazón!

Y Pío XI lo proclama de nuevo, mancomunándolo con la idea fuerza Cristo-Rey

Y es que los tiempos venían señalados por la Providencia.

Se veían sus signos.

En su deleite y contemplación dedicaremos nuestros últimos artículos de esta larguísima serie.

Signo de los tiempos. Ya se nos decía —¡no es de ahora!—, allá en los años veinte, que asistimos al «¡fin de la época constantiniana!»

Ya comenzaba lo de ahora. Algo increíble, increíble para el que sabe un mínimo de historia... casi de bachillerato! La Iglesia, acusada de todas las situaciones de privilegio, requerida a confesar faltas y errores.

Era ya, por tanto, el momento de comenzar a alzar el estandarte —repetimos, genialmente mancomunado al Corazón de Jesús— de los derechos soberanos de Cristo-Rey que Pío XI aclamara.

De «Era Constantiniana» se acusa, y se acusaba ya hace medio siglo, a nuestra Madre la Iglesia. ¿Cabe mayor despropósito?

Porque entendían por este tópico —que ahora ya es más sobado— una situación, si no mundial, por lo menos europea y en lo que llamamos mundo tradicionalmente civilizado, en que la Iglesia gozase de una posición, de una autoridad, básicas y reconocidas, articulada con el Estado, etc., etc., desde el

más alto grado hasta otros menores, y, por tanto, también gozase de unos privilegios, base, según muchos, del actual y farisaico escándalo.

Aun y cuando fuese justificado —que no lo es—, véase cuánta calumnia hay, e invención, en esto de la «era constantiniana». Y cuán lejos, desde hace siglos, de hallarse la Iglesia en situaciones de privilegio; sino, antes bien, de neta aflicción, cuando no de declarada persecución. En un artículo nuestro reciente, ya lo hemos sobradamente estudiado y comentado. Permítasenos repetir alguno de sus conceptos.

Y sepamos ser agradecidos a aquella santa generación de sacerdotes que preparara la grande acogida y gozo de la Iglesia ante el anuncio de Cristo Rey...

No. La Iglesia, como algunos pretenden, ¡no ha sido llevada por ineptos y pancistas! Se nos ha llegado a decir —y ya hemos visto en las anteriores líneas con cuán poco fundamento— que la «Iglesia sólo había vivido hasta ahora en las delicias del Tabor». Es más aún: y por pluma —desgraciadamente prestigiosa— la peregrina opinión —que nos lleva, perdósenos el humorismo, al extremo de dudar si «haber» se escribe con «h» —que ya es sabido que «gracias a la Revolución francesa, el Clero alcanzó en nuestra Sociedad una situación de privilegio notoria». Nosotros creíamos, de buena fe, tal como dicen todas las historias, que durante la Revolución guillotinaban sacerdotes y ahogaban religiosos: creemos —como antes hemos dicho— recordar y haber visto con nuestros propios ojos lo mismo... ¡Y ahora

se niega! ¿Es que nuestra memoria flaquea?

Seamos serios. Recordemos los tiempos de nuestra juventud. Estos tiempos, precisamente, de los años del intrépido Pío XI, cuando un Cuero ejemplar —ya hemos repetido esta frase de la Escritura otras veces— «era río caudaloso que alegraba la Ciudad de Dios». Ahora nos dicen que aquellos sacerdotes ejemplares, que no hace falta nombrar, porque todos, o lo recordamos, o nos han hablado de ellos (desde un Santo Claret, a un Sardá y Salva y o a un Fiter), «¡estaban en el Tabor!» Mas bien creemos recordar haberlos visto, sentido, ¡en el Calvario!

Sepamos ser agradecidos a los que nos legaron este tesoro de Fe inmovible que aún nos anima. De aquellos sacerdotes de nuestra juventud que quemaron sus vidas en su misiónh acia nosotros... Y permítasenos, con santa franqueza, exponerlos como modelos a nuestro joven clero, por el que ellos, desde el Cielo, ruegan...

Desde hace siglos, notoriamente desde el XVIII, no hemos visto a la Iglesia gozar punto de reposo. Unas persecuciones han seguido a otras, Reforma, Absolutismos, Incredulidad, todo el ciclo desde la Revolución francesa acá, para culminar en los dos grandes monumentos, Colosos de la Impiedad, surgiendo del abismo: El Comunismo ruso y el Comunismo chino.

No. La Iglesia no ha vivido en las delicias del Tabor.

Por esto nos consolamos en los presentes artículos, que aun han de seguir, con la ayuda de Dios.

La devoción al Corazón de Jesús, coronándose en la Idea-Fuerza de Cristo-Rey.

LUIS CREUS VIDAL

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 21, en relación con el artículo 24, de la vigente Ley de Prensa e Imprenta, publicamos a continuación los nombres y apellidos del personal de la revista

CRISTIANDAD fundada en 1944

PROPIETARIO: Publicaciones Schola, S. A.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN:

Presidente: Ignacio M.^a Serra Goday.

Vocales: Manuel de Arquer Cladellas; José M.^a Petit Sullá; Fernando Serrano Misas.

Secretario: María Asunción López Suñé.

Director: Fernando Serrano Misas.

Colaboradores: José M.^a Alsina Roca; Santiago Arellano; Florencia Arnán Lombarte; Manuel de Arquer Cladellas; Ignacio Azcoaga Bengoechea; Miguel Angel Alvarez; Carlos A. Callejo; Francisco Canals Vidal; Luis Comas Zabala; Luis Creus Vidal; manuel M. Doménech Izquierdo; José M.^a Fernández Domingo; Fray Antonio de Lugo; José Luis Ganuza Cortina; Gerardo Manresa Presas; José L. González Aullón; Narciso Torres Riera; M.^a Asunción López Suñé; Javier García de Polavieja Pinerua; José M.^a Martínez Marí; Carlos Mas de Xaxars Gassó; José M.^a Mundet Gifré; Pedro M.^a Ochoa Rodrigo; José M.^a Severiano del Páramo, S. I.; José M.^a Petit Sullá; Ignacio M.^a Serra Goday; Fernando Serrano Misas; José Javier Echave-Sustaeta; Antonio Udina Martorell, S. I.; José Manuel Zubicoa Bayón; Ramón Gelpí Sabater.

Redacción y Administración: Lauria, 15, 3.^o

Precio de suscripción: 500 pesetas al año.

Imprenta: Artes Gráficas Salvá - Casanova, 140 - Barcelona.

“SE ANONADO...”

FRAY ANTONIO DE LUGO, OSH

Cuando el Apóstol San Pablo escribe a los Filipenses y les habla de la Encarnación de Jesucristo, lo hace en términos que tienen una fuerza estremeceadora. Afirma del Verbo eterno de Dios que: «subsistiendo en la forma de Dios... se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres, — se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (2-6-8). Es metafísicamente imposible que Dios pueda dejar de ser Dios, y no obstante, Dios, en la Persona de su Hijo eterno, se reviste de nuestra naturaleza, es decir, aparece hecho hombre, lo cual califica el Apóstol de «anonadamiento», de humillación, en un grado difícil de definir. El «exinanivit» latino nos aclara un poco más la idea; se hizo como nada. Tomó lo que no era, sin dejar de ser lo que era; el Creador se presenta como criatura; Dios como hombre; el Santo por esencia, el que no podía conocer el pecado carga sobre sí el fardo de todos los pecados de la humanidad; la maldición que merecían nuestros pecados recayó sobre El, que, por amor a los hombres «se hace maldición»; leemos en San Pablo: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, hecho por nosotros objeto de maldición, porque escrito está: “Maldito todo el que está colgado de un palo”» (Gal. 3-13). ¡Qué abismos de contemplación amorosa y agradecida se ofrecen al alma que reflexiona sobre el anonadamiento del Señor! Sí, por nosotros los hombres se hizo como nada, «exinanivit»; y ya hecho hombre, de tal forma se humilla, que viene a ser «el maldito».

Enseña la teología católica que el alma humana de Jesucristo contemplaba la esencia de Dios, a Quien estaba hipostáticamente unida, y sin embargo el Señor, al anonadarse, por la encarnación, acepta el dolor, la tristeza, el sufrimiento del cuerpo, del alma y del corazón, que son incompatibles con la visión beatífica de que gozaba su alma santa; milagro que no es fácil entender, si no es recurriendo al infinito poder de Dios. El hecho es ése, que Cristo se humilló al hacerse hombre, «tomó la forma de esclavo». Tal actitud la mantuvo a través de toda su vida mortal. El no necesitaba la medicina de la mortificación para reprimir los brotes de orgullo y de soberbia, que tan fácilmente afloran en nuestras almas. Impecable, por ser Dios, quiere que la humillación le acompañe, y nos invita a que aprendamos de El la mansedumbre

y la humildad de corazón. A los Apóstoles, después de haberles lavado los pies en la última Cena, les dice: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decid bien, porque lo soy; si, pues, os lavé los pies, yo el Señor y el Maestro, también vosotros debéis unos a otros lavaros los pies» (Jn. 13-13). Es difícil que la caridad fraterna esté a la altura que debe, si falta verdadera humildad, que nos mueve a olvidarnos de nosotros mismos cuando se trata del bien de los demás.

Para nuestro pobre estilo resulta extraño que Jesús, Sabiduría increada, haya querido ser enseñado por otros pese a la ciencia infusa que como hombre poseía; se dejó mandar y obedeció no sólo a su Madre Santísima y a San José, sino a las autoridades civiles y religiosas; obedeció hasta morir en la Cruz; más aún, permitió «ser tentado por el diablo», como leemos en el Santo Evangelio que dice: «Y al punto el Espíritu le saca al desierto. Y estuvo en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás; y vivía entre las fieras, y los ángeles le servían» (Mc. 1-12). Por dos veces, refiere San Mateo, que el tentador, ignorante de que Jesús era el Hijo de Dios, para salir de dudas comienza su tentación, diciéndole: “Si eres el Hijo de Dios”... Hay que pensar que Satanás, al ver a Cristo colgado en la Cruz lo cree ya definitivamente vencido... Luego, no es el que viene a destruir su imperio en el mundo; es un impostor...; y Jesús sufre la humillación de un aparente y ruidoso fracaso, que hace saltar de gozo al mismo Satanás, y eso precisamente cuando, desde la Cruz, estaba triunfando del pecado, del demonio y de la misma muerte. Es el «Rex regum et Dominus dominantium», pero quiere que un velo de deshonor, de oprobio, de fracaso, le envuelva a El en el momento más solemne, en que con su Muerte en la Cruz ha consumado la obra de nuestra redención, haciendo las paces entre Dios y los hombres, y restableciendo así el equilibrio roto por el pecado. Así humillado, abandonado y hasta el final escarnecido, puede exclamar: «Consumatum est»; en efecto, se ha cumplido todo como está previsto desde toda la eternidad.

No es la humildad cristiana un acto que afecta sólo a la periferia de nuestro ser; es algo más hondo; radica en el alma y, por lo mismo, es una actitud interna del hombre de cara a Dios, de cara a los

demás, e incluso de cara a sí mismo, ante su propia conciencia; actitud que le mueve a proceder hacia fuera, en la línea de la más pura sinceridad para con Dios, para con los demás y para consigo mismo; la humildad nos hace sinceros, jamás hipócritas. Sólo se puede confundir la humildad con la hipocresía cuando se ha deformado el concepto genuino y auténtico de la humildad. Jesús, que tanto nos la recomendó y enseñó con su ejemplo, fustigó terriblemente la hipocresía. Siendo la fe el fundamento de la vida sobrenatural, en el plano ontológico la humildad se puede considerar en otro plano, el psicológico, también como fundamento de la vida espiritual; sin ella nuestra vida interior carece de base y se desploma cuando menos lo esperamos. Cristo, contemplado con los ojos de la fe, es la lección viva que nos da el Padre.

No es infrecuente el hecho de que el Señor que nos ha invitado a seguirle nos quiera hacer partícipes de sus humillaciones. Ocurre a las personas y ocurre a la Iglesia, Cuerpo Místico del Señor. Aprendamos de El la elegancia en el dolor, en la humillación, llevándola con aquella gentileza tan característica del Señor. A veces el camino nos aparecerá muy áspero, casi insufrible; en El encontraremos la fuerza, la paz, el sosiego para no desmayar. Leyendo despacio la Historia de la Iglesia, encontramos que en repetidas ocasiones el Divino Esposo quiere recordar a su Esposa Mística, que debe participar de las afrentas del Esposo, e incluso de su dolorosa Pasión. Sabemos que Jesús padeció una sola vez en su Cuerpo físico; es verdad de fe. Sigue padeciendo en su Cuerpo místico, y en ocasiones esta participación de los miembros en los sufrimientos de la Cabeza alcanza caracteres verdaderamente dramáticos. La amargura de la Pasión debe recordarnos a qué precio hemos sido redimidos; el amor nos debe animar a seguir a Cristo a cualquier costa. Tal vez los días actuales que vive la Iglesia Católica estén marcados por ese sello de abatimiento en la humillación. Parece como si, en efecto, los enemigos de hoy y de siempre hubieran logrado vencer definitivamente y la Iglesia se viera hundida en su fracaso. Nada más falso. Esta encrucijada de la historia pasará, y superada la humillación, aparecerá la Iglesia como lo que ha sido, como lo que es y como será: la Esposa radiante; la Columna y sostén de la Verdad; la Madre y Maestra que conduce a los hombres hacia Dios, eterna e inmutable Verdad. Es preciso beber el cáliz hasta las heces. La configuración con Cristo ha de ser mediante «la participación en sus penas, hasta la identificación en su Muerte»; sólo así seremos admitidos a la gloria de la Resurrección. La Iglesia, asistida por el Espíritu divino, que la consuela, la sostiene y la fortalece, sabe que debe caminar hacia la consumación de su Misterio, por el camino de la Cruz, donde Cristo es la «Fuerza y Sabiduría de Dios».

Los enemigos de Cristo y de su Iglesia no com-

prenden, no pueden comprender que hay dentro de la Iglesia unas reservas espirituales de gracia divina, que la hacen invencible. Cuanto más atacada, cuanto más infamada, la Iglesia sabe volverse, con humildad, hacia su Señor y Maestro, que ha prometido no abandonarla, y la Iglesia lo sabe y confía firmemente en Quien habló palabras de vida eterno, y dijo solemnemente: «Pasaré el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán». A este respecto son muy oportunas y luminosas las siguientes palabras del Concilio Vaticano II: «La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios (San Agustín.—La Ciudad de Dios), anunciando la Cruz del Señor hasta que venga. Está fortalecida con la virtud del Señor resucitado para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos» (Const. *Lumen gentium*, Cap. 1, número 8). Por todo el organismo vivo de la Iglesia discurre la divina savia de la Gracia, que constantemente lo renueva, y sin cesar maduran frutos de santidad, con los cuales se incrementa su vida sobrenatural. Los Sacramentos, la oración, el ejercicio de las obras de misericordia, a impulsos del más puro amor de Dios, a la vez que sostienen la misteriosa vitalidad de la Iglesia, son un testimonio de la misma ante el mundo.

De manera semejante, en la vida espiritual de cada alma el camino corre parejas con el que realiza la Iglesia, hasta llegar a la consumación de su misterio en el Cielo. Vamos hacia Dios en medio de los consuelos de la gracia y las tribulaciones inherentes a nuestro paso por la tierra. «En el mundo pasaréis congojas, pero no temáis, Yo he vencido al mundo»; así habló Jesús a los suyos, y San Juan nos enseña que «la victoria que vence al mundo es nuestra fe». En efecto, la fe viva y operante supera todos los obstáculos, incluso los que proceden del maligno. San Pedro nos previene: «Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, os rodea buscando a quien devorar; resistidle, firmes en la fe» (1.^a Ped. 5-8-9). La fe al hacerse viva por la caridad sobrenatural pone al cristiano en actitud de confianza, que sostiene su optimismo en medio de los sufrimientos de esta vida. A la firmeza en la fe hemos de añadir la firmeza en el amor; así nos lo enseñó el mismo divino Maestro cuando dijo: «Quien permanece en Mí y yo en él, éste lleva fruto abundante, porque fuera de Mí nada podéis hacer... Permaneced en mi amor. Si mis mandamientos guardareis, permaneceréis en mi amor. Permaneced en Mí y yo en vosotros» (Jn. 15-3-5-9). Este permanecer en el amor de Jesús nos obliga a fomentar en nosotros el conocimiento de Jesús, sin el cual no es posible amarle y menos aún permanecer en su amor. La fe nos lo da a conocer; la meditación de su Palabra y

sobre todo la oración silenciosa, sobrenatural, personal, nos pone en contacto íntimo y vivo con El. Conocimiento de Cristo que, a medida que se hace más profundo, nos permite elevarnos por encima de todo lo transitorio para situarnos de manera estable en su amor. De este conocimiento escribe San Pablo: «A pesar de todo, cuantas cosas eran para mí ganancias, esas por Cristo las he reputado perdidas. Que sí, que aun todas las cosas estima ser una pérdida comparadas con la eminencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien di al traste con todas, y las tengo por basuras, a fin de ganarme a Cristo y ser hallado en El...» (Fil. 3-7-9). Este conocimiento de que habla el Apóstol no es ciertamente un conocimiento puramente teórico, fruto del estudio o de la reflexión personal; es un conocimiento casi experimental, cálido, fruto del amor; es un Don de Dios, puesto que se trata de aquella Ciencia y Sabiduría de Dios de que hablan los místicos, y que «ha sido ocultada a los soberbios y en cambio ha sido manifestada a los sencillos y humildes», por lo cual el Maestro divino da gracias al Padre.

En el Cántico Espiritual, San Juan de la Cruz pone en boca del alma la siguiente estrofa: «Gocémonos, Amado, / y vámonos a ver en tu Hermosura; / al monte y al collado, / do mana el agua pura, / entremos más adentro, en la espesura.» Esta espesura, a donde desea entrar el alma, es la espesura, dice el Santo, de «la sabiduría y ciencia de Dios». El alma pide ser introducida en un conocimiento de Dios, al que no puede llegar si no le es concedido; por eso pide ser introducida, porque ella sola no puede; es, al fin, un don divino, al que ciertamente nosotros podemos y aun debemos disponernos. «Los limpios de corazón verán a Dios», dice el Señor. Un corazón limpio, liberado de desórdenes que entorpecen y manchan, es el primer paso para que el Señor se digne concedernos aquel sublime conocimiento de Cristo. La recta intención en el servicio de Dios y en el servicio de nuestros hermanos es señal de que la luz que guía nuestras acciones es pura y limpia, y así, juega un papel importante en nuestra preparación espiritual, ordenada al conocimiento de Cristo; sobre todo la humildad, la falta de doblez, es decir, la sencillez, nos dispone de manera más inmediata y eficaz a recibir el don de Dios; en todo caso, es gratuita, pero El está queriendo otorgarlo a quienes convenientemente se disponen.

Si el Señor es servido de que participemos en alguna ocasión o por tiempo de las angustias de su Hijo; si a veces la Cruz la sentimos demasiado pesada, o nos vemos como envueltos en aquel manto de oprobio que envolvió al Verbo eterno del Padre en su vida mortal, aceptemos de buen grado lo que sin duda está ordenado sabiamente por Dios para nuestro bien. A veces el sufrimiento puede ser mayor; así, cuando contemplamos a la Iglesia de Cristo humillada, calumniada, perseguida, y lo que es peor, cuando desde el seno mismo de la Iglesia, Madre nuestra, salen voces de crítica corrosiva; cuando elementos disolventes tratan desde dentro de arruinar lo que por ser obra de Dios no podrá jamás ser destruido por el hombre, entonces el mismo amor a Cristo y a su Iglesia es un estímulo para aceptar unos caminos bien distintos a los caminos trazados por los hombres; ya el Señor, por Isaías, nos recuerda que «sus caminos no son nuestros caminos, ni sus trazas son las nuestras». En la citada canción del Cántico Espiritual, al hacer el comentario al último verso, «entremos más adentro en la espesura», escribe el Santo: «De donde también por esta espesura en que aquí el alma desea entrar, se entiende harto propiamente la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechísimo el padecer, porque el padecer le es medio para entrar más adentro en la espesura, de la deleitable sabiduría de Dios...» (Obra citada de San Juan de la Cruz, canción 36).

«Son tiempos recios», podemos afirmar, repitiendo las palabras de Santa Teresa. Hemos de trabajar seriamente en el conocimiento de Jesucristo sin perder de vista que se trata del Hijo de Dios y Dios como el Padre y el Espíritu Santo, y por tanto es un conocimiento al que aspiramos, que no se aprende en los libros, aunque éstos ayuden; el mismo Señor Jesús, a quienes tienen verdadera «sed de Dios», los acerca a Sí, según sus trazas, por sus caminos, y muy de ordinario haciéndoles participantes de sus dolores y de su Cruz, a fin de que se cumpla en ellos la voluntad del Padre, según expone el Apóstol San Pablo: «Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, en orden a que fuese el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8-29).

«ES INCOMPATIBLE CON LA PROFESION DE FE CRISTIANA LA ADHESION Y EL APOYO A AQUEL MOVIMIENTO QUE, AUNQUE EN FORMAS DIVERSAS, SE FUNDA SOBRE EL MARXISMO».

«NO SE PUEDE SER SIMULTANEAMENTE CRISTIANO Y MARXISTA»

(Declaración del Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana)

SIN COMENTARIOS

(Rigurosamente histórico)

Camino de Rusia, hemos tenido ocasión de visitar de nuevo Estocolmo, siempre interesante por sus monumentos. Y esta vez, contrariamente a nuestra costumbre, para mejor comodidad, lo hicimos en grupo, con otros españoles.

No podía faltar el pasar por el histórico templo de Storkyrian (llamado la gran Iglesia), fundada en 1264, y bien conocido por sus riquezas artísticas.

Nos precedía una guía-cicerone, por lo demás competente y discreta, que nos dio muchas explicaciones, todas de interés, de las que, naturalmente, hacemos gracia al culto lector.

Y he aquí que, al detenerse delante del enorme cuadro, mejor dicho panel, que cubre un inmenso muro, debido a Ehrenstrahl (m. en 1698), que representa el Juicio Final, evidentemente inspirado en el del inmortal Miguel Angel, y de innegable valor propio, tras su descripción, y con toda naturalidad nos dijo dicha guía, como excusándose:

«Ya sabemos que Vdes., los católicos, actualmente ya no creen en el Infierno. Nosotros, los protestantes, sí.»

Y, sin más, prosiguió la visita.

Sin comentarios.

LUIS CREUS VIDAL

LA IGLESIA DEL SILENCIO EN CHILE

Con el subtítulo «La T. P. F. PROCLAMA LA VERDAD ETERNA», la benemérita Sociedad «COVADONGA», bien conocida de nuestros lectores (Editorial Fernando III el Santo) ha publicado en Madrid, en este 1976, esta impresionante obra, proveniente de la «Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad».

El servicio realizado por la Sociedad Cultural COVADONGA es inapreciable.

Da a conocer, en un volumen extraordinariamente documentado, la tragedia que viven los cristianos de Chile, colocados, muchos de ellos, ante una de las situaciones más paradójicas que jamás hayan podido registrarse.

Intentemos resumirlo. Sin pretender, ni mucho menos, canonizar el actual Gobierno y política chilenas (que, por fortuna, no son las únicas de Ibero-América), y sabiendo, perfectamente, que dentro de las impurezas de la realidad nada hay perfecto, una cosa es evidente.

Sin el golpe de estado, y defensa a ultranza de lo más elemental y básico de la civilización,

debido al general Pinochet, hoy en América del Sur, como consecuencia del desastroso régimen de Allende, ya tendríamos un Viet-Nam, una Angola. Ya contaríamos con un enclave (a lo cubano) de penetración, seguramente con tropas de importación comunista, incluso de China. La nación hermana chilena gemiría bajo el más tremendo e irreversible yugo. Y, dada su situación geográfica (larguísima franja de costa en el Pacífico, desde los mares australes hasta el Trópico), de una eficacia estratégica para la penetración del comunismo destructivo en todo el Continente sudamericano.

No es extraño que toda la prensa mundial, manejada por las Sectas y por inconfesables manejos, orquestren, admirablemente, una ofensiva in-

Pasa a la página 257